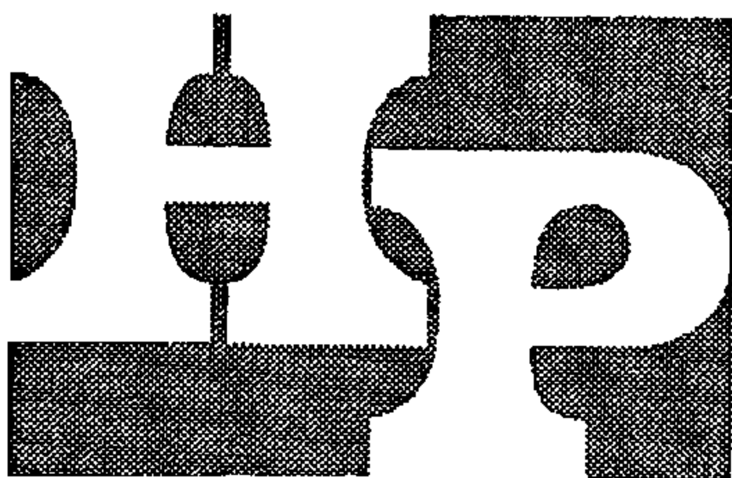


Silver Kane

EL GENERALITO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL GENERALITO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 331
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito B 12624-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El grupo estaba formado por cinco hombres.

Sus siluetas destacaban nítidas, recortándose al sol poniente. Se notaba que uno de aquellos cinco hombres iba en medio de los otros cuatro, dando la sensación de que lo llevaban prisionero.

La mujer movió el látigo, produciendo un seco chasquido, y dijo entre dientes:

—¿Quiénes serán esos hijos de zorra que llegan?

La verdad era que el lenguaje de la mujer no resultaba muy fino. Cualquiera hubiese imaginado, oyéndola, algo muy distinto de lo que era en realidad. Hubiese imaginado, por ejemplo, que se trataba de una mujer vieja y gruñona.

Y nada más lejos de la realidad.

Era una mujer de unos veinte años solamente, pero era ya una real hembra. Tenía la estatura más aventajada que la de muchos hombres. Las facciones quemadas por el sol, pero de piel fina y delicada como la seda. La cintura estrecha y las caderas rotundas. Unas piernas largas y maravillosamente torneadas. Sus labios eran intensamente rojos, y su larga cabellera negra le caía sobre los hombros.

«Una muñeca», pensará alguien, tras leer esta descripción.

Y no, no era una muñeca. Resultaba más bien una tigresa.

Llevaba ropas de hombre, con perneras de cuero como un vaquero, porque se pasaba el día a caballo. En su cinto brillaba un revólver, y en su mano derecha había un látigo.

Volvió a hacerlo chascar al ver que los jinetes se aproximaban más y más, lo cual indicaba, sin lugar a dudas, que venían a su rancho.

Al fin los distinguió claramente.

Era cierto que llevaban un prisionero.

Se trataba de un tipo alto, joven, delgado, que llevaba las manos atadas a la espalda y el sombrero echado sobre los ojos. Dominaba tan sólo con las rodillas el trotar inquieto de su caballo:

La hembra volvió a repetir:

—Condenados hijos de perra…

No parecía de muy buen humor ante la llegada del grupo, formado por cuatro hombres uniformados y el jinete de las manos atadas a la espalda.

Se detuvieron con largos chasquidos de cascos sobre el empedrado del patio.

El jinete de mayor categoría, un teniente, saludó llevándose la derecha a la visera de la gorra.

—Buenas noches, señora.

—Malas noches, querrá decir.

—Traemos órdenes del general Gómez. Debe darnos hospitalidad por esta noche.

Ella dijo despectivamente:

—El general Gómez…

—Ya sabe que manda en esta zona, señora.

Ella dirigió una mirada escasamente amable hacia los rutilantes uniformes de los cuatro hombres, llenos de entorchados y franjas doradas; unos auténticos uniformes de opereta.

En verano hubieran dado un calor insoportable, pero, por fortuna, estaban en invierno y debían llevarlos a gusto.

—¿Ése es el nuevo modelo de uniforme que ha implantado el general Gómez? —murmuró ella.

—¿No le gusta?

—Al contrario; lo encuentro demasiado bonito.

El oficial se esponjó, no advirtiendo la ironía de la frase.

—Espero que atienda las órdenes, señora.

—¿Y quién me dice que aquí manda el general Gómez? Porque aquí cada día manda un general distinto.

—El general se ha hecho cargo de la autoridad civil y militar en la zona, señora. Y ya nadie puede contradecirle.

—Pero esto es Nuevo México, no México.

—La frontera no está delimitada, señora. Y la autoridad del general Gómez se extiende sobre todo esto.

Ella hizo remolinear el látigo suavemente.
—Bueno, ¿qué quieren?
—Ya se lo he dicho: hospitalidad por una noche. Queremos cama y comida.
—La última vez que llegaron soldados aquí maté a latigazos a uno de ellos —dijo la mujer sombríamente—. Porque quiso sobrepasarse.
El oficial rió ásperamente.
—Mala idea poner los ojos tan alto, señora.
—No, él no puso los ojos altos; los puso bajos, porque miraba mis piernas. Pero confío en que eso les servirá de ejemplo. No quiero cansarme de manejar el látigo porque esta noche no estoy en forma.
—Recuerdo al soldado que murió, señora; pero no era de los nuestros, sino que pertenecía al general Ramírez.
—Ya se lo he dicho; cada semana pretende mandar aquí un general distinto.
—El general Gómez se ha hecho cargo del poder de una vez para siempre.
—Muy bien. Pueden apearse. Pero recuerden que en esta hacienda la que se ha hecho cargo del poder soy yo.
—No lo olvidaremos, señora. Es una hacienda muy hermosa.
En efecto, lo era.
Bastaba dirigir una mirada superficial a todo aquello para darse cuenta de que las tierras eran ricas, de que el agua abundaba, de que el ganado se criaba allí como una bendición de Dios y de que los edificios eran magníficos. Un patio postineado como éste en que se encontraban ahora, sólo una gran hacienda podría poseerlo…
Se apearon y el oficial dijo al que se encontraba en el centro del grupo:
—Tú, maldito perro, baja.
El hombre de las manos atadas a la espalda y el sombrero echado sobre los ojos, movió una pierna.
La pasó por encima de la silla y descabalgó lentamente. Por sus movimientos llenos de indolencia, parecía un tejano.
La mujer preguntó:
—¿Quién es?
—Un prisionero, lo llevamos a Sonora para que sea ejecutado

allí por orden del general Gómez.

—¿Y cuál es el delito que ha cometido contra el general Gómez?

—Pues… le sorprendieron en su dormitorio…

Ahora la mujer arqueó la otra ceja.

—¿Saben qué es lo que pienso? Que lo menos que se merece el general Gómez es eso. Y que ese hombre no debería morir.

El prisionero murmuró:

—Gracias, chata.

Era la primera vez que ella oía su voz.

Pero no veía su cara; sólo acertaba a descubrir su mandíbula cuadrada y enérgica, porque el resto permanecía oculto bajo el ala del sombrero.

La mujer hizo una mueca.

—Nadie me ha llamado «chata» aún —dijo—. Y si sigues por ese camino la sentencia será ejecutada aquí, imbécil.

El hombre alzó la cabeza.

Tenía las facciones rudas y viriles, quemadas por el sol, y en ellas destacaban unos ojos que eran como dos pedazos de frío acero.

—Nadie me ha llamado imbécil, chata.

Ella movió el látigo.

Del primer golpe hizo volar el sombrero del desconocido. Del segundo le rasgó la camisa, dejando impresa una línea de sangre en su pecho.

Pero el otro ni siquiera se inmutó.

Sólo dijo con voz lenta:

—Buena puntería, chata.

Uno de los soldados le pegó entonces con la culata.

—Adelante, carroña.

El prisionero cayó, a causa de lo fuerte e inesperado del golpe. Otro de los soldados le sujetó por una pierna, con la evidente intención de arrastrarle por el patio empedrado, lo que le hubiera destrozado la espalda.

Pero un puntapié lo envió hacia atrás, aullando de dolor.

Los otros tres hombres uniformados se abalanzaron sobre él.

La mujer comprendió que el hombre de los ojos grises los hubiera tumbado a todos en caso de tener las manos libres, pero en las condiciones actuales le era imposible. En menos de diez segundos recibió diez puntapiés capaces de dejar lisiado a un buey.

Pero él no se quejó; no exhaló ni un gemido siquiera.

Tan sólo dijo con voz espesa:

—Os juro que pagaréis esto… Nadie llama carroña al hijo de mi madre.

Los golpes arreciaron nuevamente sobre él.

Parecía como si sus cuatro enemigos —porque ahora el caído en primer lugar se había sumado también a la «fiesta»—, tuviesen interés en que no llegara vivo a Sonora, donde de todos modos había de ser ejecutado.

La mujer no intercedió por él. ¿Para qué? ¿Qué le importaba aquel tipo de los ojos grises?

Una sirvienta llegó corriendo. Era una mujer de edad madura y todo aquello parecía haber alterado profundamente sus nervios.

—¡No lo maten aquí! —chilló—. ¡Por favor, no lo maten aquí! ¡Esto es una salvajada!

La dueña de la hacienda murmuró:

—Tiene razón. Déjenlo. Si lo matan aquí, va a quedar el patio hecho un asco.

Los soldados pusieron en pie al prisionero.

Este pudo mirar aún a la mujer, con sus ojos entrecerrados por los golpes.

—Gracias —murmuró—. Se nota que eres toda una mujer… chata.

Y perdió el sentido, aunque sin exhalar una sola queja.

* * *

El oficial y los tres soldados a quienes mandaba habían bebido mucho.

La dueña de la hacienda sabía ser generosa cuando decidía dar hospitalidad a alguien. La cena fue de verdadera categoría, y el vino corrió en abundancia. Aquellos hombres que venían de más al norte estaban habituados a la cerveza, que emborrachaba muchos menos. Y pronto empezaron a ver las cosas primero de un alegre color rosado, y luego de un violento color rojo.

Los ojos del oficial se posaron repetidamente en el busto opulento de la mujer, que también había bebido mucho, pese a lo cual no presentaba el menor síntoma de estar mareada.

—Aún no sé su nombre… —murmuró el del uniforme de

opereta.

—Me llamo Ana…

—Es muy bonita…

—Estoy acostumbrada a que me digan eso desde que aprendí a mover las caderas. Y le aseguro que hace tiempo que sé hacerlo.

—Es toda una mujer…

—¿Sí?

—¿Cómo sigue soltera?

—Porque ningún hombre me interesa.

Uno de los soldados rió.

—Eso suele suceder… Pero yo sé la verdad, teniente.

—¿Cuál es la verdad? —preguntó Ana con voz helada.

—Que no le interesa ninguno porque le interesan todos. Porque es una leona.

Y lanzó una carcajada que hizo retemblar el lujoso comedor y pareció tintinear en la lujosa vajilla de plata.

El oficial alargó la mano.

—Quizá usted y yo podríamos llegar a un acuerdo, muñeca. Le hablaría de usted al general Gómez…

—Tenga quieta esa mano.

—Eso es difícil de cumplir, teniendo delante a una mujer tan preciosa…

Y fue a iniciar una caricia atrevida. Pero Ana movió en ese momento, sin demasiada prisa, siempre dueña de sí misma, el brazo derecho, que había ocultado parcialmente bajo la mesa.

El látigo silbó en el aire.

Era dificilísimo hacer blanco a tan corta distancia, porque se tenía que contorsionar el cuero de un modo increíble. Pero la tira se enroscó a la mano del oficial como si fuera una serpiente. Y cuando la punta del látigo se retiró, había allí una larga mancha de sangre.

Ana dijo con voz tranquila:

—Le advertí, teniente… A mí no me gustan los sobones.

Un pesado silencio se hizo en el comedor.

Los cuatro hombres miraron a Ana con ojos entre irritados y codiciosos, no sabiendo si abalanzarse sobre ello o salir de allí para evitar mayores conflictos.

Al fin se impuso el primer pensamiento. No eran tipos acostumbrados a que una mujer les dejase en ridículo.

Fueron a abalanzarse todos a la vez sobre Ana, que ocupaba la cabecera de la mesa, pero ella no se inmutó. Antes de que el primero de los soldados llegara a tocarla, una descarga le voló la cabeza.

Los otros quedaron instantáneamente quietos, sintiendo en las venas el frío de la muerte.

Ana hizo un mohín de disgusto.

—No me agrada que mates a la gente en el comedor, Blas. Luego la mantelería queda hecha un asco…

Blas era un gigante de dos metros de estatura y enormes bigotes que cruzaban de lado a lado una cara no menos enorme. Sus ropas eran típicamente mexicanas y su barriga —en proporción al tamaño de todo su cuerpo—, estaba cruzada y ceñida por una faja roja. Entre las manos sostenía un «Winchester».

—Podemos obligarles a que la laven, señora —murmuró—. La verdad es que me gustaría.

—No… Ya son bastantes violencias por esta noche. Lo mejor será que todos descansen.

El oficial se puso en pie. Sus labios temblaban y sus facciones estaban lívidas.

—Pagará esto —murmuró—. Le juro que lo sabrá el general Gómez.

—El general Gómez mandará un par de días —dijo ella despectivamente—, y después mandará el general González. Ya estoy cansada de las revoluciones que se suceden aquí semana tras semana. A mí me basta imponer la ley en mi hacienda, si hace falta a golpes de gatillo. De modo que ya lo saben.

Los tres hombres se retiraron, llevándose a rastras al muerto. Al sacarlo al patio, que estaba iluminado por la luz de la luna, Blas apareció ante ellos con el rifle dispuesto.

—¿Qué van a hacer, hermanitos?

—Dejarlo por ahí.

—Qué falta de sentimientos… ¿No van a enterrarlo como a un buen cristiano?

—Déjese de monsergas y…

Blas pegó en la cabeza de uno de ellos un puñetazo que por poco lo deja encogido como un acordeón.

—Pero qué gente tan poco delicada… Hay que ser caritativos,

chamacos… Y gente fina así como yo… Vean…

Sujetó la nariz de otro y se la retorció de modo que por poco se la arranca de la cara.

El soldado lanzó un alarido, pero Blas no se inmutó demasiado. En la derecha seguía sosteniendo el rifle, y se adivinaba que un solo movimiento le bastaría para enviar al infierno a cualquiera que se pusiese nervioso.

—En la hacienda tenemos un cementerio —dijo—. Un cementerio cristiano, digo, porque esto es como una pequeña ciudad… Está saliendo por ese arco a la izquierda… De modo que llévenlo y entiérrenlo no más… Y récenle una oración bien bonita, si no quieren más disgustos…

Los uniformados obedecieron.

La verdad era que, tal como se habían puesto las cosas, nada más podían hacer.

Pero en sus ojos brillaba la llamita del odio. Realizaron su tarea mientras en sus cerebros daban vueltas y más vueltas al pensamiento de su venganza.

El oficial masculló al fin:

—Eso no queda así… Yo me encargo de que esa mujer pague sus insultos…

—¿Y cómo…?

—La rapto y se la llevo al general Gómez. Él le hará saber lo que es bueno…

—¿Cree que eso va a ser tan fácil?

—Ni tan difícil… Me he fijado bien en el peonaje… Fuera de ese gigantón, los demás son gente de paz… Labradores y todo eso… Podemos arrear con ella si somos decididos…

—¿Y el prisionero?

—Ése no nos da más problemas… Lo arreamos también, pero hacia el otro lado… Quiero decir que lo liquidamos y en paz… El general Gómez estará contento igualmente. Y eso vamos a hacerlo ahorita…

Amartillaron sus armas y se dirigieron a la cuadra donde había quedado el prisionero.

Éste estaba tranquilo como antes, después de la brutal paliza recibida.

Parecía dormitar, sentado junto a una pared, con las manos

atadas a la espalda y el sombrero nuevamente echado sobre los ojos.

Apenas se movió al oír entrar a sus vigilantes.

—Oye, Devil… —masculló uno de ellos.

—¿Qué pasa? ¿Cómo es que ahora son sólo tres? ¿Es que uno de ustedes se ha ido?

El oficial apretó los puños.

—Sí, se ha ido. Acabo de enterrarlo. Pero para lo que hay que hacer, con los tres que quedamos resulta bastante, muchacho…

Devil adivinó lo que iba a suceder.

Desde el principio del viaje había dado por descontado que aquellos tipos no le llevarían hasta Sonora. Cumplirían su misión mientras no descubrieran algo que les interesase más. Pero en cuanto una cosa les llamara la atención, se librarían de la responsabilidad que significaba transportar un prisionero peligroso por un territorio tan difícil y agreste como aquél.

—Bien, por lo visto el momento ha llegado —dijo.

El oficial le miró.

—¿Qué momento?

—El de apiolarme, digo yo.

—Eres muy listo, hermanito.

—¿Qué queréis? ¿Tener las manos libres para poder sobar a la chica si la cosa se tercia?

—Queremos llevarla ante el general Gómez.

—Eso será si ella os deja…

—No podrá impedirlo.

—Pues a mí me ha parecido una real mujer…

El oficial rechinó los dientes.

—Bueno, basta de palabrería. Nosotros, a lo nuestro. Vamos a liquidarte con cuatro cuchilladas bien dadas y sin armar demasiado ruido. Hasta sabemos dónde está el cementerio…

Una figura blanca se movió entonces en la penumbra de la cuadra.

Los soldados se volvieron.

Era un muchacho de unos quince años que debía estar al cuidado de los caballos. Llevaba ropas enteramente blancas y les miraba con ojos asustados.

—¿Qué van a hacer?

—¿Y tú? ¿Quién eres tú?

—La señora Ana me tiene aquí para que cuide esto.

—Bueno, pues lárgate…

—¿Es que van a…?

—¡Lárgate si no quieres hacerle compañía!

El oficial reafirmó sus palabras moviendo la mano derecha, donde aún resbalaba la sangre después del latigazo. Propinó un revés al muchacho, que lo hizo caer pesadamente a tierra.

Pero no cayó en cualquier sitio.

No. El muchacho conservó la suficiente serenidad, a pesar del dolor que sin duda sentía, para desplomarse junto a Devil. Lanzó una especie de gruñido y movió las manos en la penumbra.

Lo hizo muy bien.

De pronto Devil sintió una cosa fría en contacto con sus dedos.

Comprendió que no tenía un instante que perder y empezó a manejar el cuchillo con rapidez y habilidad, mientras el muchacho se ponía en pie lentamente.

—Pero ¿por qué van a matarlo? —masculló.

—¿A ti qué te importa? ¡Fuera!

—¿Es verdad que ese hombre se llama Devil?

—¡Claro que se llama Devil! ¡Largo de aquí o te quedas para siempre con él!

—Pues es un nombre bien extraño…[1]

Era evidente que el muchacho quería ganar tiempo, unos instantes decisivos para que el prisionero tuviese tiempo de cortar las ligaduras.

Recibió un nuevo golpe, más brutal que el anterior, y volvió a caer, pero ahora al lado opuesto de la cuadra.

El oficial fue el primero en lanzar la cuchillada.

Lo hizo al cuello, deseando degollar al prisionero, pero de repente lanzó un aullido de dolor.

Un brazo armado había surgido de entre las sombras. ¡Y era el brazo derecho de Devil!

Un cuchillo le había rasgado la carne, dejándole al descubierto los huesos del codo. Trató de echarse hacia atrás y ya no tuvo tiempo.

La hoja de acero acababa de atravesarle el corazón.

Sus dos compañeros reaccionaron con rapidez. Decidieron no

emplear los cuchillos que tenían en las manos.

Las pistolas serían más eficaces.

El que iba a ser más rápido con el gatillo fue también más rápido en atravesar la Gran Frontera. La hoja de acero que empuñaba Devil voló por los aires y se clavó en el centro de su garganta.

El otro tiró al azar, demasiado nervioso, mientras saltaba hacia la puerta.

La bala se clavó en las maderas de la cuadra, a muy poca distancia de la cabeza de Devil, pero sin alcanzarle.

Desde el exterior siguió disparando. Tenía todas las ventajas, puesto que su enemigo estaba desarmado.

Pero Devil, de un salto que hubiera envidiado un equilibrista, llegó junto al cuerpo de su segundo enemigo, el que tenía un cuchillo clavado en la garganta, y arrancó la hoja de acero de un solo golpe, lanzándola inmediatamente contra el soldado que retrocedía disparando.

Bastó con aquel gesto.

El soldado soltó su revólver, lanzó un grito y plegó las manos a la altura del corazón, donde acababa de sentir el frío de la muerte.

El cuchillo se había clavado hasta las cachas allí. Hizo un terrible esfuerzo y logró sacarlo.

Pero aquel esfuerzo acabó con él.

Sus rodillas se doblaron, lanzó un estertor y cayó de bruces, empotrándose su cara en el polvo.

De pronto reinaba allí, en torno a la cuadra, después de las imprecaciones y los gritos de agonía, un espantoso silencio.

Y aquel silencio fue roto por unos discretos aplausos.

Devil miró asombrado hacia el lugar donde éstos sonaban, viendo a Ana, que le aplaudía discretamente.

Ana no iba vestida como horas antes, sino que llevaba un vestido de noche blanco muy ajustado a sus curvas y de atrevido escote en «V». Por una pequeña abertura en la falda asomaba una de sus torneadas pantorrillas, enfundada en una fina media negra.

La dueña de todo aquello se detuvo a tres pasos, sin dirigir una mirada a los muertos.

—Vaya… Veo que me he equivocado —dijo.

Devil se puso en pie.

Parecía tan tranquilo como si le hubiesen invitado a un vaso de tequila y una partida de naipes.

—¿Qué esperaba? —murmuró.

—Estaba segura de ver tu cadáver, pero veo los cadáveres de los otros.

—¿Y tanto le ha gustado la representación, puesto que aplaude?

—Ha sido un lanzamiento magnífico. Ninguno de mis hombres sabe hacerlo así.

—Usted no lo sabe.

—¿Cómo que no lo sé? ¿Por qué?

Él dijo tranquilamente:

—Me pasa por las narices pensar que usted entiende de hombres muy poca cosa.

Ana se sonrojó violentamente, mientras crispaba los músculos como si fuera a saltar.

—¡Yo entiendo de lo que me da la gana!

—Hum…

—¿Qué quiere decir «Hum»?

—Nada… Sólo que yo entiendo de potrancas, ¿sabe? Y usted es una de ésas a las que nadie ha conseguido domar aún.

—A mucha honra, hermano…

—¿Por qué no prueba?

—¿Probar qué…?

—El gusto que da la doma…

Por la sonrisa de la muchacha, Devil debió haber adivinado que algo estaba cambiando en ella. Por fuerza debió haberse puesto alerta, ya que no era natural que ella le mirase con aquella expresión de desafío. Pero no la conocía bien, y por eso no actuó a tiempo.

De pronto notó que una manaza enorme caía sobre su nuca.

Fue levantado en vilo y Blas murmuró:

—¿Cómo lo quiere, señora? ¿Hecho picadillo? ¿O quizá con un poco de ensalada?

—Me basta con que le des su merecido, Blas. A él también le gustará la doma.

El gigante movió el puño derecho.

Devil fue materialmente enviado por los aires y lanzó un sordo gruñido mientras rodaba por el suelo después del terrible impacto.

Blas pensó que ya tendría bastante.

Había ablandado a muchos hombres y sabía que éstos solían «convencerse» después del primer golpe.

Pero Devil se puso en pie poco a poco, tocándose la mandíbula y la boca tinta en sangre.

—Bueno golpe, Blas… —murmuró.

Y aplaudió discretamente.

Blas le miraba asombrado.

Apretó los puños y se acercó dos pasos.

—¿Qué es lo que aplaudes tú, gusano?

—Hago lo mismo que tu dueña. Aplaudo lo que me parece que tiene mérito.

—Pues te vas a pasar aplaudiendo toda la noche… porque pienso repetir el numerito.

—No hay que enorgullecerse tanto por el éxito, hombre… Ya dice la gente que nunca segundas partes fueron buenas.

—Pues la segunda va a ser de órdago. Y la tercera, no sepas.

Movió el puño otra vez.

Devil quiso esquivar, pero Blas no sólo era un pegador nato, sino, además, un hábil pugilista.

Le acertó de lleno.

Devil rodó por el suelo y esta vez la verdad fue que ya no tuvo fuerzas ni para aplaudir.

Sentía como si la mandíbula se le hubiese salido por detrás, por la nuca, y además le dolía horriblemente la cabeza.

Blas volvió a avanzar como una torre en movimiento.

—¿Más? —preguntó.

—Hombre… Depende…

—¿Depende de qué?

—Si después me va a cuidar esa nena, dejo que me atices hasta el año que viene…

Ana dijo con despecho:

—Lo que faltaba… A éste tendrás que escarmentarle duro, Blas… ¡Dale hasta que reviente!

Blas fue a patear al caído.

Sabía que podía matarle, pero ése era un «accidente de trabajo» que le causaba muy poca impresión.

Si Devil moría… ¿qué se le iba a hacer? Angelitos al cielo. Para

eso eran tan ordenados en la hacienda que tenían incluso un cementerio.

De pronto notó que su pierna volaba.

Detrás de la pierna voló todo el cuerpo.

Se dio cuenta de que su enemigo le había sujetado por el tobillo, volteándolo, cuando ya era demasiado tarde para hacer nada. Lanzó un grito y su corpulenta humanidad fue a estrellarse contra el polvo.

La luz de la luna alumbraba todo aquello como si fuera de día. Se veía perfectamente.

Blas se acarició la nuca.

La sombra de una sonrisa flotaba en su cuerpo, que parecía tallado en piedra.

—De acuerdo, muchacho, eso está bien… Pero que muy bien… Ahora empezamos la fiesta…

Ana gritó:

—¡Dale, Blas!

Blas fue a «darle».

Pero Devil, que ya había catalogado al gigante, dándose cuenta de que éste tenía exclusivamente derecha y no izquierda, hizo una finta y cargó de flanco.

Pudo cazar de lleno a Blas.

Éste lanzó un gruñido, al sentirse golpeado en el hígado, y bajó la guardia. Los dos golpes que volaron al encuentro de su mandíbula dieron con él en tierra.

Ana miraba todo aquello con expresión de desencanto, pero también de incredulidad.

Nunca había sucedido aquello.

Era la primera vez que veía a Blas en tierra.

El gigante masculló:

—No se preocupe, señora…

Fue al encuentro de su enemigo, ahora cubriéndose bien, y Devil esperó a que atacara. Blas estaba moralmente obligado a hacerlo, en cuyo caso se descubriría aunque fuera sólo durante unos segundos. Y él sabría aprovecharlos bien.

Así sucedió.

El golpe de Blas no se perdió en el vacío, porque dejó desollado todo un pómulo de Devil, pero donde el gigante colocó un golpe, su

adversario colocó cuatro. Una de las cejas de Blas saltó, haciendo que la sangre le dificultara la visión.

El gigante retrocedió, sorprendido y algo desmoralizado ya. Porque como todos los hombres que están acostumbrados exclusivamente a dar, a éste le costaba mucho recibir.

Sentía que le zumbaba la cabeza.

Sus reflejos eran más lentos y eso hizo que fallara de una manera rotunda el nuevo ataque.

No supo cubrirse a tiempo, y una serie de cinco golpes, propinada con increíble rapidez, lo envió de nuevo sobre el polvo.

Blas cayó junto a uno de los cadáveres.

Con gesto de rabia se apoderó de la pistola que aún descansaba en la funda de éste y fue a tirar. Pero Devil ya se había arrojado al suelo y daba vueltas hacia el segundo cadáver, que también conservaba un revólver.

Blas tiró demasiado alto. Fue a apretar de nuevo el gatillo, y en ese momento hizo fuego Devil.

La bala se llevó por delante el revólver de Blas. Éste se dio cuenta de que ahora, de repente, no tenía en la derecha más que un pedazo inservible de acero.

Estaba a merced de su enemigo.

Pero éste no disparó.

Se puso en pie y dejó caer el revólver todavía humeante.

—No llevemos las cosas demasiado lejos, amigo. Te has puesto nervioso y eso es todo.

Blas le miraba con la boca abierta.

—Pudiste haberme matado…

—Ya te he dicho que estabas muy nervioso. Y por eso no se mata a nadie.

El gigante se puso pesadamente en pie. Parecía trastornado.

—Señora —susurró, mirando a Ana—, le ruego que perdone a este hombre. Él es…

—Caramba, tanto como perdonarme… —dijo alegremente Devil —. Con franqueza, yo esperaba algo menos.

—¿Algo menos? —preguntó ella, arqueando una ceja—. ¿Qué?

—Esperaba que, usted se peleara conmigo…

—¿Se da cuenta de que me está insultando, perro?

—Yo no pretendo insultarla… chata.

Ella lanzó una especie de grito.

Nunca se rendiría como si fuese inferior.

Al contrario, ella podía enseñarle… ¡esto!

El látigo que siempre llevaba consigo, y que estaba plegado en su derecha, se desplegó de repente.

Blas gritó:

—¡No…!

Sabía lo que era aquello. La tira de cuero se desenroscó en el aire y al instante volvió a enroscarse, pero ahora en torno al cuerpo de Devil. Éste se estremeció de dolor al sentir el terrible golpe.

Él también sabía lo que iba a suceder. E intentó librarse saltando hacia la terrible hembra.

Fue inútil.

Ella manejaba el látigo con la perfección con que otras mujeres manejan el dedal y la aguja. Hizo que la tira de cuero se enroscase de nuevo y le hiriera en lo más sensible, en el cuello. Devil comprendió que ella podía ahogarle.

Escupió sangre y cayó al suelo sin darse cuenta exacta de lo que le sucedía.

Oyó, como si sonara de muy lejos, la voz de Blas:

—No le mate… Déjelo… ¡Al fin y al cabo es un luchador noble!

Y la risa, también lejana, de Ana.

—¡Cállate! ¡Si sigues hablando habrá masaje para los dos!…

Un nuevo latigazo se abatió sobre la espalda de Devil, que aún no había conseguido levantarse.

Ya partir de aquel momento supo que no se levantaría ya.

Sin exhalar un gemido, bañándose en su propia sangre, aguantó hasta que a ella le dolió el brazo de tanto manejar el látigo…

Pero la mitad de la brutal paliza ya no la sintió. Porque había perdido el conocimiento.

CAPÍTULO II

Al recuperarlo, notó que estaba tendido en el suelo y que por una ventana, situada muy cerca, penetraba a raudales el sol.

Todo el cuerpo le dolía horriblemente.

Pero no era sólo eso.

También se sentía tenso, envarado.

Pudo mirarse a sí mismo y se dio cuenta de que lo habían vendado sólidamente, para que no se le infectaran las heridas de los latigazos. Vio también que junto a él estaba el muchachuelo que le ayudó en la cuadra.

El chico le sonrió amigablemente.

—Hola, señor diablo.

—No me llames así, hombre… Bastante pena tengo.

Desde el principio de todo aquello, Devil había hablado en perfecto español, lengua que dominaba tan bien como el inglés.

Añadió, palpándose:

—¿Quién me ha vendado?

—Mi madre. Es una de las criadas.

—¿Y Ana lo sabe?

—Sí. Ella misma pidió que le curáramos. Dijo que…

—¿Qué?

—Nada…

—Ya puedes decirlo, hombre. Nadie se va a asustar por eso. Después de la somanta que me han dado yo ya no chisto más…

—Bueno… Pues dijo que al fin y al cabo uno también cura a los cerdos.

—Y no le falta razón. ¿Qué hora es?

—Las nueve de la mañana, señor Devil.

—¿Tanto tiempo he estado sin sentido? ¿Cómo es posible…?

—Le dieron algo para dormir y para que el dolor no fuera tan intenso.

Devil reconoció que debía ser verdad. Notaba un sabor raro en la boca, y el dolor, aunque era intensísimo, parecía llegarle lejos y había ratos en que se dulcificaba algo.

—Oye, chico, ¿tú cómo te llamas?

—Pues… de esa forma.

—¿Cómo…?

—De la forma que usted acababa de llamarme, quiero decir. Todo el mundo me conoce por Chico.

Devil sonrió.

—Bueno, Chico, pues quiero que sepas dos cosas… La primera que te debo la vida, y la segunda que me gusta pagar mis deudas. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Dudo que ahora pueda hacer grandes cosas por nadie, señor Devil.

—Hombre, no siempre voy a estar tan baldado…

—La señorita Ana ha dicho que tiene para tres o cuatro días de no decir ni «pío». Y ella nunca se equivoca.

Los ojos de Devil adquirieron una expresión triste.

—La señorita Ana… —murmuró.

—Usted debe odiarla, claro.

—Nunca he odiado tanto a nadie.

—Reconozca que le faltó al respeto.

—No había motivo para que se lo tomase así. Ella sabía que no podía ocurrir nada.

—Pero es muy orgullosa…

—¿Orgullosa por qué? ¿Porque es rica?

Chico hizo un gesto expresivo.

—Diantre, ésa es una buena razón…

—Seguro que todo esto lo heredó de su padre. Y eso no es ningún mérito.

—Se equivoca, señor Devil.

—¿En qué me equivoco?

—En que ella no heredó nada.

—¿No?

—Ni siquiera conoció a su padre.

—Vaya… pues es curioso. ¿Y quién le regaló todo esto?

—No se lo regalaron. Lo ganó.

—¿En una partida de naipes?

—Usted va despistado, señor Devil. Ella lo ganó como un hombre: con el «Colt»…

—¿Qué dices?

—Ésta era buena tierra… Tierra de cuatreros y de tipos con reaños… Ella vino sola, dijo «aquí me quedo» y aquí se quedó. Entonces sólo tenía quince años.

Devil sintió que se le abría la boca.

Pero trató de disimular su asombro.

—¿Una chica de quince años… contra los cuatreros…?

—Y no quiera usted saber… Se corrió la voz de que era bonita. Llegaban como moscas.

—¿Y…?

—Tío que llegaba, tío que se ponía a descansar.

—¿Descansar cómo?…

—Pues, hombre, parece usted un poco tonto, señor Devil… Descansando en paz…

—¿Quieres decir que… se los cargaba?

—Primero les ofrecía un empleo. Y a la que decían que no, revólver para que te quiero…

—Pero ¿quién le enseñó a disparar?

—Nadie lo sabe… Mamá dice que eso se lleva en la sangre… Como papá. Tiraba muy bien, hasta que encontró a alguien que aún tiraba mejor.

Devil se pasó el dorso de la mano por la boca, que se le había quedado seca.

No podía salir de su asombro, aunque trataba de adoptar un tono indiferente.

—Total, que según tú los cuatreros le fueron tomando respeto…

—Eso dice el señor Blas.

—¿Qué pinta Blas en eso?

—Fue el primer cuatrero, que cuando ella le ofreció un empleo, dijo que sí. Y empezaron aquí a criar reses. Y luego vinieron algunos otros, deseando hacer trabajo honrado.

—Pero esto ha crecido mucho… Es una hacienda enorme.

—Ella trabaja… Y todos trabajamos aquí, no crea. Además, ha habido suerte porque la tierra es buena, y nadie se mete con la

señora. Los otros, que no tienen tantos rebaños, se han dejado saquear una vez sí y otra también. La señora, ni por ésas. Hasta los generales de los que hacen revoluciones por aquí le tienen miedo.

Devil murmuró:

—Oye, Chico, ¿tienes un trago?

—Claro que sí, señor. De tequila…

—Aunque sea de vinagre. ¡Diablos, en qué sitio me he metido! ¿Y qué piensa ella hacer conmigo?

—Nada.

Devil bebió un largo trago de la botella que él le entregaba y luego preguntó:

—¿Nada?…

—Quiere que usted se largue apenas se haya puesto bien.

—¿Y por qué no me entrega al general Gómez? Eso la pondría muy a bien con él.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor Devil?

—La vas a decir de todos modos; de manera que suéltala…

—Al general Gómez ella se lo pasa por allí mismo.

—No tiene miedo a nadie, ¿eh?

—Y menos a usted.

—Eso me pareció, diantre… Y no es que a mí me guste asustar a las mujeres, pero, hombre, un poquito sí…

—Con ésta ni lo intente. De modo que ya está advertido, señor Devil Y conste que soy buen amigo suyo.

—Aunque sólo fuera por lo que te debo, te haría caso, muchacho. Muchas gracias. Me largaré de aquí apenas pueda montar a caballo, que será mañana mismo.

—No tenga tanta prisa…

Devil sonrió.

—Mira, Chico, tú ya debes tener unos quince años y eres un muchacho despierto. Eso quiere decir que de la vida sabes tanto como yo. Pero hay una cosa que aprenderás más adelante, y que es ésta: Cuando una mujer te guste mucho y no haya de ser para ti, pon tierra de por medio y olvídala pronto. Eso es justamente lo que voy a hacer: largarme con viento fresco y no romperme los cuernos contra esa especie de estatua que…

Pero en aquel momento Devil cortó sus palabras, sin posibilidad de seguir hablando.

Porque algo acababa de helarle la sangre en las venas.
Un grito muy próximo, un grito de agonía y de muerte.

Capítulo III

Devil saltó hacia la ventana, mirando a través de ella.

En el primer instante no vio nada de especial, ni tampoco a la persona que había gritado. Pero pronto distinguió a una mujer de mediana edad que corría alocadamente hacia las cercas para el ganado que había más allá de los porches.

Era esa mujer la que había gritado y se dirigía hacia un caballo que, aparentemente, y a la distancia a la que se encontraba Devil, parecía no llevar jinete.

Pero pronto los ojos del joven distinguieron algo sobre la grupa del animal. Un cuerpo humano doblado en la silla; resultaba imposible adivinar si se encontraba atado a ella o bien acababa de morir y aún se sostenía por un milagro de inercia. Porque el instinto le dijo a Devil que lo que acababa de llegar era un muerto.

La mujer lo había reconocido.

Debía ser su madre, porque lloraba desconsoladamente junto al cuerpo, que por fin había resbalado de la silla.

Devil trató de salir de allí.

Pero un agudo dolor en todo el cuerpo le indicó que, por el momento, haría mejor en quedarse quieto.

Miró a Chico.

—¿Qué infiernos crees que es eso?

—No sé… No tiene sentido.

—¿Hay cuatreros por aquí?

—No puede ser eso.

—No se atreven con Ana, ¿eh?

—No. De ninguna manera atacarían a la señora.

—Pues es evidente que han matado a alguien…

Otros peones habían salido de las dependencias de la hacienda,

al oír los gritos.

En unos momentos la alarma se había difundido por el lugar, pero era una alarma desordenada, porque todo el mundo corría, pero nadie ocupaba posiciones ni se ponía en guardia.

Devil entrecerró los ojos.

—Eso no me gusta…

—¿Por qué, señor Devil?

—Porque alguien puede haber enviado a ese muerto precisamente para sembrar la alarma. Y si en estos momentos ese alguien atacase…

Un momento después quedaba demostrado que los temores de Devil no carecían de fundamento.

Sonó una descarga cerrada procedente de la parte sur de la hacienda, donde estaban los campos de maíz.

Evidentemente, varios hombres habían llegado hasta allí ocultándose entre los altos tallos, y ahora avanzaban hacia la hacienda disparando a mansalva.

Varias personas de las que estaban en torno al cadáver cayeron.

Dos de los centinelas situados en las cercas fueron abatidos también antes de tener tiempo para apuntar con sus rifles.

Devil apretó los puños con un gesto de rabia. Y aunque aún no sabía bien de qué se trataba, llevó instintivamente la mano derecha a la funda pistolera.

Por desgracia, no la tenía allí.

Estaba desarmado como un bellaco.

—Chico… —mascculló—, ¿no tienes un revólver?

—No hay ninguno aquí, señor Devil…

—Pues me temo que…

Devil no tuvo tiempo para decir lo que se temía. Los hechos los desbordaron a todos.

Aparte de los hombres que avanzaban disparando desde los campos de maíz, un ruido ensordecedor de caballos a galope llenó el aire.

Daba la sensación de que todo un escuadrón atacaba la hacienda.

Y si no era escuadrón, poco le faltaba, según pudo ver inmediatamente Devil.

Se trataba de unos treinta jinetes que hasta entonces habían

permanecido ocultos con mucha habilidad entre la arboleda que había junto al riachuelo. Siempre estaba colocado un centinela allí, pero era de suponer que a aquellas horas ya habría pasado a mejor vida.

La sorpresa entre los trabajadores de la hacienda e incluso entre los pistoleros de ésta fue total.

Se encontraron rodeados por los jinetes antes de poder disparar un tiro. Dos hombres que habían salido al patio con rifles fueron abatidos inmediatamente.

La operación, rápida y bien calculada, no había durado más de unos cuatro minutos.

Devil se dio cuenta de que los asaltantes no iban uniformados. Llevaban ropas propias de los campesinos mexicanos y usaban cintos-canana cruzados sobre el pecho y repletos de balas. Sus caballos eran nerviosos y de excelente casta. Enseguida ocuparon todos los puntos esenciales de la hacienda, manteniendo en ellos una guardia montada, mientras el grupo que había llegado a pie entraba en la casa y empezaba a sacar a sus ocupantes a culatazos y a tiros.

Por todas partes se oían gritos y maldiciones.

Pero los gritos y maldiciones de poco sirven ante las balas, y el joven se dio cuenta de que la partida estaba completamente perdida para los de la hacienda.

Lanzó un par de imprecaciones por no tener un revólver a punto.

No sabía quiénes eran los recién llegados, pero lo cierto era que le daban un par de patadas en los riñones. Y a pesar de su estado, teniendo un «Colt» en la mano hubiera dado para el pelo a unos cuantos.

Chico pareció adivinar sus pensamientos.

—Más vale que se oculte, señor… No haga tonterías.

—No sé qué clase de tonterías puede uno hacer con el cuerpo vendado y las manos desnudas… ¡Maldita sea! ¿Tú conoces a esos tipos?

—No, señor Devil.

—Pues si nunca habían venido por aquí, ¿qué infiernos pueden querer?

—No lo sé, señor Devil.

—Más valdrá que salga y…

Pero no hizo falta que Devil se decidiese.

Ya lo «decidieron» otros.

Porque inmediatamente la puerta se abrió de un puntapié y dos tipos con rifles aparecieron en el umbral. Eran morenos y llevaban enormes bigotes, parecidos a los de Blas.

—¡Venga, chamaco, fuera! ¡Ahorita!

Devil les miró con curiosidad.

—¿Quiénes sois, si puede saberse?

—¡Sal y le preguntas a tu padre, macho!

Eso de «preguntas a tu padre» no le hizo ninguna gracia a Devil.

Movió la pierna derecha, que era de las pocas partes de su cuerpo que aún estaba en buenas condiciones, y el punterazo en la mandíbula hizo que el mexicano por poco saliese despedido a través de la ventana.

El otro fue a disparar, pero una voz gritó de pronto desde la puerta:

—¡No tires! ¡Nos puede hacer falta!

Devil, que ya iba a jugarse la piel acariciando la mandíbula del otro, quedó inmovilizado.

A lo mejor les iba a hacer falta a aquellos tipos… pero ¿para qué?

Un hombre más alto que los otros, también mexicano, pero cuidadosamente afeitado, acababa de aparecer en el umbral. Llevaba un «Winchester» último modelo.

—¡Tú! ¡Fuera!

—¿Porqué? ¿Quiénes sois?

—¡Ya lo verás! ¡Andando!

El joven comprendió que, si quería salir de dudas en todo aquello, lo mejor era obedecer.

De modo que salió al exterior, seguido de Chico.

Fuera, en el gran patio de la hacienda, ya se habían reunido casi todos los hombres de ésta, que por lo que el joven vio, eran muchos y jóvenes.

Seguro que hubieran resultado invencibles caso de saber lo que se preparaba, pero habían sido cazados por sorpresa y sin tiempo para acudir a las armas.

Devil se dio cuenta de que Ana no estaba entre el grupo.

Y por un momento pensó que la dueña había tenido tiempo para ocultarse o huir.

Pero al instante oyó silbidos de admiración y vio que a ella también la sacaban de la hacienda entre cuatro hombres.

Dos de ellos llevaban los ojos morados, lo cual indicaba que había habido lucha, y de las buenas.

Ana iba a medio vestir.

Usaba combinación, muy atrevida por cierto, y poca cosa más. Los ojos de los tipos que habían ocupado la hacienda se abrieron como platos.

Ella masculló:

—¡Soltadme!

—No, nena, porque a lo mejor empiezas a volar. ¡Eres un angelito!…

Otro gritó:

—¡Mire, jefe, qué maravilla hemos encontrado!

Devil alzó la mirada.

Vio entonces claramente a quien llamaban «jefe».

Éste masculló:

—¡No soy jefe, sino general!

Devil le miró con más curiosidad aún.

Era un hombre joven. Podía tener treinta años tal vez. Resultaba de aventajada estatura, fuerte y recio como un toro, y, además, era muy bien parecido. Llevaba grandes bigotes negros que le cruzaban la cara de lado a lado.

Había otras cosas en él que llamaban la atención, como, por ejemplo, su armamento, que resultaba inmejorable, y, sobre todo, la guerrera que llevaba puesta, una guerrera con las insignias de general del ejército mexicano.

Ese hombre se fijó también en que era objeto de la curiosidad de Devil. Por instinto, los hombres fuertes que pueden llegar a ser mortales enemigos se huelen unos a otros. Ocurre algo parecido con las fieras, que siempre saben dónde está el verdadero peligro. El caso fue que sus ojos se clavaron en Devil casi únicamente, a pesar de tener delante —y vestida de modo bien sugestivo—, a una mujer tan bonita como Ana.

—¿Tú qué miras? —masculló.

—Te miro a ti, que ya es bastante.

—Pues más valdrá que te pongas los ojos en el cogote, si no quieres perderlos uno detrás del otro.

Devil no se inmutó.

—Tú debes ser el general Gómez, supongo.

El interpelado lanzó una carcajada, que inmediatamente corearon casi todos sus hombres. Se sujetó la cintura con ambas manos, como si quisiera dominar su hilaridad, y masculló:

—¡Muchachos! ¿Habéis oído? ¡Nada menos que el general Gómez, ese monigote! ¡Confundirme a mí con el tipo al que me habré cargado antes de una semana!…

La hilaridad arreció. Las carcajadas llenaron el patio.

Devil no podía negar que se sentía confuso. Parpadeó, pero preguntó con voz firme:

—Entonces, ¿quién cuerno eres?

—Mira, muchacho, no hables de cuernos si quieres vivir muchos años…

—¿Es que te recuerdan algo?

—¡A ver si te doy una…! ¡Yo soy soltero!

—No me extraña, con esa facha. ¿Y cómo te llamas?

—¡Soy el general Vilches!

—¿General?

—¿Acaso te extraña?

—Hombre, pues bastante…

El llamado Vilches fue a llevar la mano a uno de sus modernos revólveres, pero en aquel momento la voz de Ana masculló:

—No te extrañe tanto. Aquí los generalitos crecen como los hongos en otoño. Cualquiera que logre reunir cincuenta hombres ya se cree que va a llegar a presidente de la República…

Vilches la miró con atención.

Aunque pareciera increíble, hasta aquel momento no se había fijado con detalle en la mujer, atento como estaba a todos los factores que pudieran representar algún peligro.

Y ahora la contempló con asombrada admiración, como habían hecho todos los demás.

—¿Quién eres tú, chamaca? —murmuró—. Debes ser rica, porque usas ropa interior muy fina…

—Soy la dueña de todo esto.

—La dueña, ¿eh?

—¡Y exijo que te vayas inmediatamente de aquí!

—¡Qué bien! ¿Y si no me voy?

—Apelaré a las autoridades.

—Es que la autoridad soy yo, chamaca.

—Aquí manda el general Gómez.

—Y el general Gómez estará colgadito de un árbol la semana que viene…

Ana se dio cuenta de que la situación no era como otras veces. Había sido vencida por sorpresa y tenía que apechugar con las consecuencias. De modo que prefirió afrontar las cosas cara a cara.

—¿Qué quieres, Vilches?

—¡Uf! Muchas cosas.

—¿Dinero?

—No, eso no. Yo desprecio el dinero.

—Un generalito idealista, ¿eh? —murmuró ella—. Ya veremos lo que dura eso… ¿Qué quieres entonces? ¿Reses?

—Carne fresca sí que necesito para mis hombres, pero no te dejaré en la ruina por eso.

—Entonces, ¿a qué has venido aquí? ¿Qué es lo que necesitas?

—Hombres.

La inesperada petición dejó completamente aturdida a Ana, que sólo pudo susurrar:

—¿Hombres? ¿Para qué?

—Ya lo ves. Estoy organizando un verdadero ejército.

—¿Llamas a esto un ejército? —preguntó ella con desprecio.

—¿Por qué no? ¿Porque no llevamos uniformes? Pronto los conseguiremos, chamaca. ¡Y qué lindos van a ser, mi mujercita! Yo me voy a poner uno con más charreteras que el mismo Gómez… Y aquí será Vilches el que mande, no más…

—¿De modo que piensas combatir a Gómez?

—Con uñas y dientes… Pero he de tener cuidado, porque él me combatirá con los cuernos…

Lanzó una carcajada y gritó:

—Todos mis hombres lo saben… Encontró a un valiente en la habitación de su mujercita que, según malas lenguas, es algo así como nieta de la primera novia que Gómez tuvo…

Sus hombres rieron también. Por unos momentos las carcajadas llenaron el patio, pese a que había varios cadáveres esparcidos aquí

y allá.

Vilches se dio cuenta de eso.

—Más respeto, muchachos… Los muertos tienen derecho a dormir en paz… Pero me gustaría conocer al valiente que se los puso a Gómez así de grandes…

Devil se adelantó un paso y dijo sin ganas:

—Ese fulano era yo.

—¿Tú?…

—Pero no llegó a pasar nada. Me pescaron antes.

—Ésa sí que es mala cosa, macho… Pero tienes cara de saber por dónde andas, a pesar de estar baldado. Vendrás conmigo…

—¿Ir contigo? ¿Adónde?

—¿Pues adónde va a ser? A conquistar tierra…

—¿Sabes que éste es territorio de Estados Unidos?

—Nadie sabe aún dónde empieza lo de los gringos y dónde empieza lo de los verdaderos hombres, macho… Mientras no se demuestre lo contrario, esta tierra va a pertenecer al general Vilches… Habrá buena paga para todos los que me sigan a gusto y buenas balas para todos los que se queden aquí… De modo que ustedes elijan…

La mayor parte de los peones de la hacienda estaban allí porque no habían encontrado nada mejor. La comarca era pobre y uno no podía elegir lo que más le gustase.

Pero unirse a Vilches era un buen asunto. Habría dinero fácil y mujeres más fáciles aún para todos ellos.

Y si a eso se añadía que los que se quedaran tendrían su ración de balas…

Ninguno de ellos pensó que la aventura podía fácilmente acabar en la horca. ¿Qué le importaba eso a un verdadero charro?

Numerosas voces se oyeron pidiendo el enrolamiento en las filas del generalito. Ana se dio cuenta de que había quedado completamente abandonada.

Sólo los demasiado viejos para galopar y los fieles como Blas permanecieron junto a ella.

También Devil.

Devil era el único que miraba a Vilches con una expresión tranquila y socarrona.

—Tú también —dijo el generalito.

—¿Yo?…

—Ahora estás convertido en una momia porque se ve que te han zurrado bien, pero tienes planta… Hala, arrea con un caballo y únete a la tropa si no quieres que te ponga morado a tiros…

—Yo voy a quedarme junto a esta mujer —dijo tranquilamente Devil, señalando con el mentón a Ana—. No porque la aprecie, sino porque me gusta. Eso está decidido.

—Pues razón de más… Anímate, porque ella también viene…

—¿Ella?…

—Es la única mujer que quiero… La voy a convertir en mi chica… Alta y orgullosa como es, me lo va a hacer pasar en grande…

El vozarrón de Blas, que hasta entonces había permanecido callado, se oyó entonces en el patio.

—¡Canalla!…

Avanzó con la fuerza de un bisonte y sujetó al primer tipo que se le puso por delante. Hizo un seco movimiento y le estrelló la cabeza contra uno de los poyos de piedra.

Se oyó un siniestro chasquido, parecido al de un melón que se abre por el centro.

El hombre a quien había sujetado Blas quedó espantosamente quieto. Todos adivinaron que no volvería a tener preocupaciones.

El gigante lo dejó caer.

—Veo que tienes buenas manitas… —murmuró Vilches, tras unos instantes de espantoso silencio.

—Lo mismo haré con quien se atreva a tocar a Ana.

—¿Eso quiere decir que lo mismo harás conmigo?

—Claro que sí… ¡Y ahora!

Fue a saltar sobre el generalito, pero en aquel momento un cuchillo se clavó en su espalda.

Blas lanzó un alarido.

Uno de los hombres de Vilches, riendo, acababa de lanzar la hoja de acero provista de un pesado mango. Pero la risa se le quedó inmediatamente helada en la boca.

Porque Devil acababa de mover el puño derecho. El golpe bestial propinado en plena nuca hizo que el cuchillero se doblara inmediatamente. También esta vez bastó verle caer para comprender que sus preocupaciones habían terminado.

Blas y Devil eran de esos tipos que sólo necesitan un golpe para despenar a un enemigo. Y Vilches debió comprenderlo así cuando extrajo uno de sus revólveres.

—¡Quietos!

Blas fue a avanzar, de todos modos, a pesar del puñal que llevaba clavado en la espalda. Ni siquiera la terrible cuchillada había logrado hacerle vacilar.

Pero Ana le detuvo con un grito.

—¡Blas! ¡Vas a desangrarte! ¡Quieto!

—Sí, quietecito… —susurró Vilches—. De lo contrario, ella y yo iremos a tu entierro cogiditos de la mano…

El propio Devil le arrancó el cuchillo, procurando que no se provocara hemorragia.

—Cúrate, Blas. Cúrate y obedezcamos por el momento a este hombre…

Pero, en realidad, Devil no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Sabía lo que le esperaba si seguía a Vilches; de modo que decidió emplear el cuchillo que ahora tenía en la mano derecha.

Fue a lanzarlo, pero los que rodeaban a Vilches no eran tontos. Adivinaron sus intenciones por el simple hecho de que ellos, en su lugar, hubieran hecho lo mismo.

Dos culatas se abatieron casi al mismo tiempo, con una rapidez increíble, sobre la nuca de Devil.

Éste lanzó un gemido y cayó a tierra, soltando el cuchillo, sin fuerza para sostenerlo.

Todo pareció convertirse para él en una eterna, en una angustiosa e interminable noche.

CAPÍTULO IV

Cuando volvió a recobrar el conocimiento se dio cuenta de que iba doblado sobre la silla de un caballo.

Estaba sujeto muy sumariamente, para que no cayese. Por lo demás, conservaba una casi absoluta libertad de movimientos.

Miró en torno suyo, mientras trataba de dominar el insufrible dolor de cabeza causado por los golpes.

Estaba aproximadamente en el centro de una larga columna formada por los primeros hombres de Vilches y por los que se le habían añadido después. En conjunto, y teniendo en cuenta que llevaban armamento moderno y bueno, formaban una temible tropa.

Devil trató de encontrar a Ana.

Y, en efecto, la vio un poco más adelante. Ana iba a caballo cerca de Vilches y de Blas, quien llevaba la espalda vendada y se mantenía erguido sobre la silla con una increíble resistencia, pese a la cuchillada sufrida recientemente. En cuanto a Ana, vestía simplemente, sobre su ropa interior, una bata que, al parecer, se había puesto a toda prisa. Y como la bata se abría un poco al compás de los movimientos del caballo, el espectáculo que se ofrecía a los que andaban cerca era como para marearse.

Ana notaba todo aquello.

Dijo de pronto, con voz áspera:

—¿Qué pasa? ¿No veis que llevo una carrera en la media?

Vilches se volvió y rió.

—Calma, hermanita… Ya te compraré otras nuevas…

Ana decidió callar.

Por unos momentos pareció una sumisa prisionera, pero cualquiera hubiese notado que rumiaba no sólo su fuga, sino

también su venganza. Y mal asunto estar en el lugar de la víctima cuando una mujer como ella decidía vengarse.

Devil simuló no haber recobrado el conocimiento aún. De ese modo le vigilarían menos y tal vez encontraría una oportunidad para evadirse.

Pero esa oportunidad no se presentó.

Había llegado a perder la noción del tiempo. Vio que avanzaban por una serie de crestas arenosas y estériles, donde el sol hubiera resultado achicharrante en verano, pero ahora todo era soportable, e incluso grato, gracias al vientecillo fresco que llegaba desde las cimas.

Devil intentó calcular la ruta.

No sabía dónde estaban. Pero aquel maldito tipo era capaz de conducirles hacia el interior, hacia Sierra Madre.

Se dio cuenta más tarde, no obstante, de que seguían aproximadamente la línea de la frontera.

El silencio era atroz.

Sólo el relincho de algún caballo rompía de tarde en tarde la monotonía de aquella marcha, en la que no se oían ni los cascos de los animales, porque éstos se hundían en el terreno arenoso.

Al anochecer vieron un conjunto de ruinas situadas en el fondo de un valle. Se distinguían con perfección lo que habían sido los edificios de una vieja misión española: la iglesia, la escuela, el hospital y las casas de los colonos que antaño cultivaron aquella tierra.

Ahora nadie vivía allí.

Todo estaba desierto e inhóspito.

Los edificios, sólidamente construidos, blanqueaban al sol, sin peligro de hundirse. Pero las paredes estaban invadidas por la hiedra y los senderos por hierbas y matojos. Serpientes y alimañas debían ser los únicos habitantes del lugar.

O no.

Devil se dio cuenta de que aquello estaba habitado cuando oyó un disparo de aviso y un grito de saludo.

Dos centinelas aparecieron entre los edificios.

Aquél debía ser el cuartel general de Vilches, un sitio resguardado y fácil de defender.

El generalito gritó:

—¡Ándenle! ¡Ya estamos todos en el dulce hogar! ¿Qué más quieren?

Devil ya no fingió estar sin sentido, porque ya era imposible huir. De modo que alzó la cabeza y miró en torno suyo.

Allí sólo se veían hombres. Al parecer, todos los que seguían a Vilches habían dejado a sus mujeres e hijos. Pero todos debían sentir añoranza, al menos de las mujeres, porque clavaron en las piernas de Ana unos ojos grandes y redondos como ruedas de carro.

Vilches dio órdenes:

—¡Los rebeldes, a la iglesia! ¡Los demás, que se acuartelen a gusto! ¡Y la chica, conmigo!

Devil se dio pronto cuenta de que los únicos «rebeldes» eran, por el momento, Blas y él.

Fueron introducidos en lo que había sido un magnífico templo y que ahora estaba completamente abandonado. En los puestos de los altares crecía la hierba. Se les dio agua y comida y dos hombres armados con rifles se encargaron de vigilarles.

Blas apenas tenía fuerzas.

Pese a su impresionante musculatura, todo él se hundía. No era ya capaz de sostenerse en pie.

Bastaba mirarle para darse cuenta de que se moría de fiebre.

—Estás sufriendo las consecuencias de la cuchillada —susurró Devil—. Y hay peligro de que se infecte.

—Sí… Eso creo.

—Aún no sé cómo has resistido tanto.

—He hecho cosas peores en la vida. Pero ahora estoy… para el arrastre.

—Ven… Te lavaré con esta agua. Es limpia.

Desabrochó la camisa del gigante y en ese momento uno de los centinelas le dio un culatazo.

—¡Nada de acercarse uno a otro! ¡Tenéis que estar separados!

—Sólo quiero curarle…

—¡Que se cure él solo!

Devil rechinó los dientes.

—Te mataré, muchacho… Juro que lo haré. Lo siento por tu padre, si es que lo has conocido, pero ya puedes empezar a rezar por ti mismo. Estás listo…

El otro se puso nervioso. Al parecer, le gustaba rezar por el alma

de los demás, pero no por la suya.

Devil resolvió no perder tiempo. Cuanto más vacilara, peor lo iba a pasar. Empleando uno de sus golpes favoritos, levantó su pierna derecha con rapidez fulminante.

El rifle de su enemigo saltó por los aires antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo.

El otro centinela fue a apoyar a su compañero, pero Blas no se había estado quieto.

Dominando la sensación de debilidad que le embargaba, tendió la mano derecha y sujetó al otro por la garganta, mientras con la izquierda daba un golpe al arma.

Apretó con fuerza salvaje, rechinando los dientes.

Entretanto, Devil se había colocado a espaldas de su enemigo, pasándole el antebrazo por la parte delantera del cuello. Y apretó también, mientras el otro trataba de sacar su cuchillo.

Hizo dos bruscos movimientos con el antebrazo.

Sonaron dos siniestros «clac», «clac».

Su enemigo cayó hacia delante, con el cuello roto, antes de haber tenido tiempo de sacar el arma blanca. En cuanto a Blas, no había terminado aún.

Pero le faltaba muy poco.

Empleando ahora las dos manos, exterminó a su enemigo rápidamente, dejándolo caer al suelo.

Luego barbotó:

—Me has ganado al menos por medio minuto…

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene, caray… Eso indica que me estoy volviendo viejo.

Y se derrumbó sobre una pila de paja, sin fuerzas para seguir en pie.

—No es momento para desanimarse, Blas —murmuró Devil—. Salgamos ahora.

—Sal tú, muchacho… Yo… no puedo moverme.

—Trata de llegar hasta el riachuelo que hemos visto a la izquierda de los edificios. Allí descansarás.

—Lo haré, pero… pero dudo que sirva para nada más. No puedo moverme… Tú deberás encargarte de hacer algo por Ana.

—¿Para qué crees que trato de salir de aquí?

—Ese tipo… Vilches… es peligroso… Me parece que en cuestión de mujeres… no suele perder tiempo.

—Ése no pierde tiempo en nada. Pero no te preocupes: tampoco lo haremos nosotros. Hala, vamos…

Los dos se dirigieron a la puerta. Blas se movía pesadamente y tenía que hacer un terrible esfuerzo de voluntad para seguir a Devil.

Fuera de la iglesia no había ninguna vigilancia especial. Todos los hombres se habían repartido por los diversos edificios, donde preparaban la cena. Debía haber centinelas en los puntos clave, pero en el exterior, no allí dentro.

Devil susurró:

—Pronto, Blas… Al riachuelo… Descansa allí.

El gigante se retiró y siguió avanzando en otra dirección, pegado a las paredes.

Mientras tanto, Devil trataba de adivinar en cuál de aquellos edificios estaría Vilches.

Sólo hubo una cosa que le llamó la atención, pero era importante: Todos los edificios estaban abiertos y se veía a los hombres que trajinaban en el interior. Y sólo uno aparecía cerrado y con luz en la única ventana.

Seguro que el generalito estaba allí… con Ana.

Devil, tras rechinar los dientes, avanzó con silencio de gato.

CAPÍTULO V

Después de cerrar la puerta, Vilches se desprendió de la camisa, quedando al descubierto su poderoso pecho tostado por el sol. Ana, que había quedado quieta en un ángulo de la habitación, le miraba desafiante.

Vilches rió.

—¿A qué esperas para imitarme, muchacha?

—¿Imitarte en qué?

—Alguna ropa sobra…

Ella apretó los labios y le dirigió una mirada relampagueante, cargada de odio.

—Tú da un solo paso y te juro que te mato.

—Eso es lo que más me gusta de ti… Que eres toda una mujer.

—No sabes hasta qué punto.

—Pues has dado con todo un hombre. Y si te resistes será mucho peor para ti.

—¿De veras?

—Sí. Porque luego vas a lamentar el tiempo que has perdido. Dirás: «¡Qué lástima no haber empezado antes!».

—No dejas de tener gracia, a tu manera. Pero jamás me ha dominado un hombre.

—Alguna vez tenía que ser la primera.

Vilches hablaba con una calma escalofriante, glacial. Se adivinaba que estaba perfectamente seguro de sí mismo y convencido de que iba a lograr lo que quería.

Y Ana estaba segura de que antes se dejaría matar.

Por eso los dos se miraron fijamente, desafiándose con el fuego de sus ojos.

Ella susurró:

—Muy bien, trata de acercarte y te dejo marcado…
—¿Con qué?
—Aunque sea con las uñas…
Vilches rió.
—Bueno, no hay prisa para eso. Antes me gustaría saber cómo te llamas. Ni siquiera sé tu nombre.
—Ana.
—¿Ana y qué más?
—Expósito.
Él arqueó las cejas, mientras una expresión de sorpresa asomaba a sus ojos.
—De modo que Expósito…
—Una no tiene la culpa de no haber conocido a sus padres.
—Te dejaron a la puerta de un convento, o algo así…
—No lo considero una vergüenza.
—Pero es curioso.
—¿Por qué?
—Porque para partir de tan bajo has llegado hasta muy arriba.
—Eso te demuestra que no soy una mujer de las que se rinden.
—Sí… Pero sigue siendo sorprendente.
—¿Qué es lo que te extraña tanto?
—Por lo que veo, tu historia es bastante parecida a la mía.
—Yo no veo en qué se parecen. Yo soy una hacendada rica y tú un pistolero.
—Te equivocas; soy un general.
—Los generales abundan en esta época tanto como los cuatreros. Y, bien mirado, vienen a ser lo mismo.
Vilches sonrió de nuevo.
—Bueno, no vamos a discutir eso… Lo que yo quería decirte es que también me llamo Expósito.
—Creí que tu apellido era Vilches.
—Lo uso para causar buen efecto. Eso de general Expósito a la gente le sonaría muy mal… Pero a mí también me dejaron en la puerta de un convento.
Ella dijo, con expresión sardónica:
—Pues te ocurre al revés que a mí. Para haber empezado tan arriba, has llegado muy bajo.
Las facciones del hombre palidecieron.

Por primera vez pareció dominarle la ira.

Con voz ronca, masculló:

—Vas a tragarte todo eso… ¡a besos!

Y avanzó hacia Ana, Pero no contaba con los recursos y el carácter de ésta.

Ana sacó una rodilla por entre los pliegues de su bata y la levantó con inusitada fuerza, hasta encontrar el bajo vientre de Vilches, donde la empotró.

El generalito quedó blanco.

Se encogió de dolor, mientras boqueaba angustiosamente, vencido al mismo tiempo por su indecible sorpresa.

—¡Maldita…!

Ciego de rabia, intentó golpear a Ana, pero ésta se había inclinado. Y el zarpazo de Vilches dio contra la pared.

Por poco se rompe la mano.

Lanzó un alarido mientras ella se apartaba. La buscó ciegamente a través de la habitación, que de repente le parecía estaba llena de sombras.

—¡Pagarás esto, zorra!

Tuvo la sensación de que la había alcanzado. Vio una sombra ante él.

—¡Maldita!

La abrazó.

—Eso de que me abrace un hombre es la primera vez que me pasa —masculló una voz junto a él—. Diablos, el mundo se está poniendo de una forma que uno ya no gana para sustos…

Vilches abrió los ojos, asombrado.

Se dio cuenta de que, cegado por el dolor y por la ira, había abrazado a Devil. Hizo una mueca de asco.

No comprendía por qué Devil estaba allí. ¡Era como para volverse loco!

—Te voy a… —masculló.

Fue a dar un zarpazo.

El gancho que recibió en el mentón le hizo volar por la estancia. Cayó sobre el desvencijado diván que hacía las veces de cama y trató de sacar el revólver.

Inútil.

Un revés de Devil, ahora de abajo arriba, por poco le arranca un

ojo. Vilches lanzó un gemido de dolor.

Se ladeó, sin darse cuenta de que dejaba al descubierto la nuca. Y ése era un error fatal cuando se luchaba con Devil.

Éste movió los puños dos veces.

Y Vilches cayó suavemente del diván, como una cosa blanda e inútil. No estaba muerto, pero tardaría bastante en volver a darse cuenta de hacia qué lado giraba el mundo.

Devil miró a Ana, que estaba apoyada en una de las paredes y respiraba agitadamente, casi jadeando. Ahora, cuando todo había pasado prácticamente, se advertían los momentos de terrible nerviosismo que la muchacha acababa de vivir.

—Creo que estamos unidos por la aventura —murmuró Devil—. No tenemos más remedio que seguir juntos… por ahora.

—¿Qué pretendes hacer?

—Por el momento, huir un poco más lejos.

—En eso estoy de acuerdo.

—Pues vamos… ¿A qué hay que esperar? Cada minuto cuenta…

Y abrió la puerta para que pasara Ana.

—No faltaba más. Usted primero, señora…

CAPÍTULO VI

Habían llegado junto al riachuelo.

No se veía rastro de Blas, sin duda porque la zona era extensa y oscura, y resultaba difícil que dos personas se viesen, a menos que estuvieran muy cerca.

Ella se apoyó en el tronco de un árbol.

Habían reptado por entre las piedras, corriendo a veces y saltando otras, y ahora empezaba a estar cansada después de la violenta marcha.

—No te preocupes —murmuró Devil—. Lo peor ya ha pasado.

—Hemos tenido suerte —reconoció Ana—. Nadie vigilaba demasiado esta especie de campamento.

—Pero Vilches nos hará buscar. No creo que tarde mucho en recobrar el sentido.

—Le diste bien…

—Sí, pero el tío es de piedra.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Devil susurró tranquilamente:

—Esto…

Y fue a besar a Ana, que continuaba apoyada en el tronco del árbol, muy cerca de él.

La muchacha apenas pudo reaccionar de la sorpresa. Se ladeó en el último instante.

Los labios de Devil, que iban hacia su boca, resbalaron por su mejilla y su cuello.

—Pero… ¿qué haces, maldito?

—¿Te sorprende que los hombres quieran besarte?

—Todos sois iguales. Unos malditos cerdos…

Él no insistió en la caricia. Sólo dijo, mirándola burlonamente:

—Lo curioso es que tú no me gustas.

—¿No?

—Sólo te desprecio. Únicamente quiero ofenderte, humillarte. Eres la única mujer que me ha hecho castigar a latigazos, la única que me ha tratado peor que si fuera un perro rabioso. Y eso lo vas a pagar…

La sujetó con sus brazos potentes, parecidos a dos cables de acero. Y también de acero parecían sus ojos dominadores, crueles…

—¡Suéltame, maldito!

—Nadie te impide defenderte. Prueba a hacerlo.

—Voy a chillar…

—En cuyo caso caerás en manos de Vilches, que pronto empezará a buscarte. De modo que elige…

Ella movió las manos con desesperación.

Sabía que estaba perdida, acorralada, pero no quiso ceder. Intentó golpear con los dos puños a Devil.

Sabía que sus impactos no eran cualquier cosa. Aprovechando la sorpresa, había tumbado a más de un hombre.

Pero Devil no estaba tan desprevenido como Vilches. La sujetó por las muñecas antes de que los puños llegaran a su objetivo.

—Suéltame…

La voz de la muchacha era amenazadora. Le golpeaba rabiosamente con los pies, buscando castigarle los tobillos.

Y en realidad lo consiguió, pero Devil no pestañeó siquiera. Para él aquellos golpes parecían solamente caricias.

También Ana ensayó el rodillazo al bajo vientre. Hizo la misma maniobra que con Vilches.

Pero esta vez falló. Devil parecía adivinar todas sus intenciones. Se apartó a tiempo y un instante después la sujetaba brutalmente en sus brazos, disponiéndose a besarla.

Ella apretó los labios todo lo que pudo, se resistió con todas sus energías a aquella caricia.

Pero Devil consiguió besarla. La dobló como una caña, pese a no disponer, ni mucho menos, de toda la flexibilidad de su cuerpo. Las cicatrices le dolían, pero él no lo notaba. Sólo la boca de la muchacha parecía existir para él, aquella boca que rechazaba y al mismo tiempo aceptaba con fruición sus besos.

Pero eso duró poco. Al menos a Devil le pareció que había

durado tan sólo un instante.

Porque en aquel momento una voz burlona preguntó entre los matorrales, a su espalda:

—¿No pueden dedicarme un minuto, amigos? ¿Tanta prisa tienes por demostrar que aún hay pocos habitantes en el mundo?

Devil se volvió de repente, o al menos trató de volverse, pese a saber que estaba sin armas.

Pero en aquel momento el cañón de un revólver le inmovilizó, clavándose en sus riñones.

CAPÍTULO VII

Su primer pensamiento fue: «Vilches».

Pensó que el generalito les había localizado y que ahora iban a pagar cara su fuga.

Pero se equivocaba.

El hombre que estaba apuntando a Devil vestía un uniforme rutilante y nada tenía que ver, en apariencia, con la desharrapada tropa de que hasta entonces habían formado parte.

Ana pensó que había llegado su ocasión y trató de huir, pero un rifle se cruzó en su camino.

—Quieta, monada…

Había otros uniformes más entre la espesura. Devil palideció intensamente.

Acababa de reconocer aquellos uniformes, y la verdad era que hubiese preferido caer en manos del mismo diablo que en poder de aquellos tipos.

Por si le faltara poco, un hombre barrigudo, de unos sesenta años, grasiento, y con cara de saber gustar todas las cosas agradables de la vida, había aparecido entre la espesura también, deteniéndose a un par de pasos.

Llevaba un uniforme más rutilante que todos los demás. Un uniforme de verdadero mariscal napoleónico.

—Vaya… —murmuró—. Uno vuelve a encontrarse con los viejos amigos, por lo que veo…

Devil, que tenía las facciones cada vez más crispadas, murmuró entre dientes:

—General Gómez…

—Qué suerte haberme encontrado, ¿verdad?

—No lo sabe bien… Estoy que me mondo…

Gómez llevaba en la mano derecha una fusta. Hizo con ella un gesto de golpear a Devil, que le miraba desafiante, pero uno de sus hombres se lo impidió:

—Por favor, general… Si ese hombre grita pueden oírnos los otros. Piense que hemos de atraparlos por sorpresa.

Devil sonrió desdeñoso.

—¿Pensáis que voy a gritar por un latigazo?

—Si levantas la voz te mataré —murmuró Gómez—. Juro que te mataré, maldito…

Devil se encogió de hombros.

No tenía ningún interés en ayudar ni en atacar a aquel tipo. Entre Vilches y Gómez, podía decirse que lo mismo le daba uno que otro. Si escapaba de las manos del primer generalito, caería en las manos del segundo, de modo que era mejor esperar.

Los ojos de Gómez contemplaban ahora la palpitante figura de Ana.

—¿Quién es? —murmuró.

—La he encontrado aquí por casualidad… —sonrió Devil—. Vende semillas de cocotero.

—¿No es tu chica?

—¡Qué diablos ha de ser…!

—La estabas besando…

—Yo a ella, sí, pero ella a mí, no.

El general Gómez lanzó una apagada carcajada.

—No importa si es tu chica o no… De ahora en adelante será la mía, ¿comprendes?

Ana sí que lo comprendió. Ella fue la primera en darse cuenta del abismo en que había caído. Trató de saltar hacia la espesura, pero cuatro zarpas cayeron sobre ella a la vez.

Tres manos la sujetaron, mientras una le tapaba la boca.

Devil intentó ayudarla. Movió el brazo derecho y cazó con un fulminante gancho a uno de los individuos que estaban sujetando a la muchacha. El tipo pareció tener gran interés en subirse a la copa de un árbol, a juzgar por el brinco que dio. Cuando cayó al suelo ya no tenía interés por nada, y no volvería a tenerlo hasta, al menos, un cuarto de hora después.

Pero el general Gómez estaba rodeado de sicarios y éstos se movieron rápidamente.

Devil se encontró sujeto por varios hombres a la vez, mientras alguien golpeaba su nuca con un revólver.

La verdad era que el joven ya tenía la nuca bastante «ablandada» por «caricias» anteriores, de modo que sus rodillas se doblaron antes de lo que hubiera deseado. Y un instante después estaba amordazado y con las manos atadas a la espalda.

Algo semejante había ocurrido con Ana.

La muchacha había sido atada sólidamente, mientras una mordaza le impedía gritar. Su bata estaba hecha jirones, de modo que no llevaba prácticamente más que la ropa interior. En medio de aquella naturaleza salvaje, su figura de refinada belleza —no le faltaban ni unos lacitos color rosa en el corsé—, producía un efecto inolvidable.

Devil lo lamentó por ella.

Si Vilches la había deseado, era evidente que Gómez la deseara más aún. No era fácil que Ana saliera indemne de todo aquello.

Mientras tanto, desde el suelo, donde, por el momento, yacía impotente, vio el despliegue de las fuerzas del general Gómez.

Éste había empezado desde muy abajo, seguramente, reuniendo una banda que era mitad de soldados, mitad de cuatreros. Pero a base de violencias y audacia había llegado a tener un pequeño ejército. Devil calculó los efectivos de un batallón, es decir, unos quinientos hombres, todos ellos uniformados y bien armados. Eso era bastante para imponer su «ley» en una zona adonde no llegaba apenas la autoridad del poder central, y que además era tierra fronteriza en litigio más o menos abierto con los yanquis.

Poco iban a poder resistir los hombres del otro generalito, de Vilches, que, además, iban a ser atacados por sorpresa.

Las fuerzas de Gómez se desplegaron hábilmente entre la espesura, cercando la viejísima misión.

Mientras tanto, Vilches daba órdenes frenéticas:

—¡Tienen que haber ido hacia el arroyo! ¡Buscadlos! ¡No pueden estar lejos de aquí!…

Sus hombres, para desplegarse, abandonaron el refugio que hubieran podido proporcionarles las ruinas. Y se colocaron, sin saberlo, ante los puntos de mira de los rifles de sus enemigos.

El tiroteo empezó de un modo inesperado y tan rápido que los hombres de Vilches resultaron sorprendidos totalmente. En

realidad, lo que tuvo lugar allí fue una matanza.

Los hombres de Vilches se desplomaron, a racimos, acosados desde todas las direcciones. El mismo Vilches, sintió que una bala le rozaba la cabeza y cayó hacia atrás, entre dos piedras.

Pero no se declaró vencido.

Llevaba un rifle en las manos y lo empleó con habilidad y con odio. Dos hombres que corrían hacia él resultaron alcanzados mortalmente. Un tercero tuvo que soltar su arma, al ser herido en el pecho.

Vilches se dio cuenta instantáneamente de quiénes eran los que le atacaban. Y se dio cuenta también, por supuesto, de que acababa de caer en una trampa.

Aunque todo estaba perdido, aulló:

—¡Venid aquí, cobardes! ¡Venid a buscar a Vilches!…

Dos hombres más llegaron por su espalda, sin que él lo advirtiera. Pudieron haberle baleado, pero al saber que era Vilches, prefirieron cazarlo vivo.

Uno de ellos movió la culata de su rifle.

El golpe dejó sin sentido al generalito, haciendo que el arma resbalara de entre sus dedos. Los dos sicarios de Gómez lo sujetaron por debajo de los hombros, arrastrándolo hacia un lugar descubierto.

Mientras tanto, el inesperado combate se estaba decidiendo con mayor rapidez incluso de lo que todos habían supuesto.

Los hombres de Vilches trataban de huir, pero eran cazados implacablemente. Unos cuantos trataron de hacerse fuertes en la iglesia y fueron baleados antes de poder refugiarse en ella. Los que tuvieron más suerte, que eran los que se hallaban en la parte más baja del campamento cuando se produjo el ataque, optaron por huir a toda velocidad.

Sólo una media docena de hombres lo consiguieron. Los demás se quedaron allí para siempre.

Gómez, desde el puesto que había elegido como observatorio, se frotó las manos satisfecho.

Estaba perfectamente convencido de ser un gran general y de haber ganado una importante batalla.

El despliegue de sus fuerzas le parecía una cosa maestra, admirable y perfecta.

Avanzó hacia el escenario de la lucha, rodeado por sus guardaespaldas, tan bien uniformados como él.

Sus ojos contemplaron regocijados a Vilches, que empezaba a recobrar el conocimiento.

Vilches alzó la mirada, todavía alterada por el golpe, e hizo una extraña mueca.

—¿Quién eres tú, fantoche? ¿El guardián del infierno?

—Para ti voy a ser algo parecido —mascullό Gómez.

—Me has cazado en una trampa, ¿eh? Eres un hombre valiente…

—Soy más listo que tú.

—Y más rastrero… Sólo atacas de noche. Atacas de noche como las serpientes y trabajas de noche como las zorras.

Las facciones de Gómez se demudaron.

Lanzó una maldición y golpeó con sus botas el rostro de Vilches, que enseguida se cubrió de sangre.

—¡Pagarás lo que has dicho! ¡Lo vas a pagar con la piel, maldito!…

—¿Y qué? Si me estoy callado me la arrancarás igualmente…

—¡Querías dominar esta parte de México! ¡Desobedeciste mi autoridad! ¡Eres un condenado rebelde!

—¿Qué autoridad, Gómez?

—La que ostento por voluntad del pueblo.

—Me gustaría saber qué pueblo…

Gómez sonrió ladinamente.

—Hubo elecciones, ¿no? Hubo elecciones en la zona no hace ni cuatro meses, digo yo.

—Las convocaste y las controlaste tú mismo. Fue estupendo. Apenas se votó en cuatro o cinco pueblos y ya con eso pretendes mandar en todo el estado de Sonora.

—¡Mando porque puedo!

—Mandas porque sublevaste a tus hombres. ¿Qué eras antes de que esto empezara? Un podrido teniente en una podrida guarnición fronteriza. Pero te aliaste con cuatro terratenientes, garantizándoles que tendrías al pueblo bien sometido y quieto, y ahí empezó tu «brillante carrera militar». Ahora eres nada menos que general, ¿no?

—¡Soy lo que me da la gana!

Golpeó otra vez rabiosamente el rostro de Vilches y exclamó, señalando las ruinas del templo:

—¡Llevadlo a la iglesia!

Los cadáveres que había junto a la entrada del templo fueron retirados. Los ayudantes de Gómez buscaron alguna habitación retirada para que pudieran descansar el general y eligieron lo que trescientos años antes había sido una magnífica sacristía. En ella montaron una cama de campaña, que habían traído plegada hasta allí.

Vilches lo miraba todo con ojos sanguinolentos.

Oyó gritos de entusiasmo y de asombro entre los que se hallaban en el exterior, y comprendió que hasta las ruinas del templo era transportado alguien que ponía frenéticos a los soldados de su mortal enemigo.

Pronto supo quién era. Y al ver aparecer a Ana sin otra cosa que la ropa interior, tuvo que cerrar los ojos.

Porque adivinó lo que iba a suceder. Y sintió una terrible angustia.

Junto a la muchacha venía alguien más: era Devil.

Vilches lo saludó con una sonrisa burlona.

—Veo que tú tampoco te has librado, amigo…

—Me sorprendieron cuando estaba besando a Ana.

Vilches escupió violentamente al suelo.

—¡Tú no has hecho eso!…

—Resulta que sí, amigo. Pero ella no correspondió.

Vilches, a quien nadie había atado aún, estaba apoyado en una de las paredes.

Dejó de mirar a Devil y clavó sus ojos en el general Gómez, quien se estaba desabrochando la guerrera. Bajo ella, la abultada tripa parecía ir a hacer estallar la camisa blanca.

—¿Qué vas a hacer? —masculló.

Gómez sonrió divertido.

—La chica no me disgusta.

—¡Es una de las más ricas hacendadas de la región! ¡Si haces algo contra ella, lo lamentarás mil veces!

—Hace tiempo que tenía el ojo echado a su hacienda, de modo que aprovecharé la ocasión para apropiarme de ella. Desaparecida Ana, nadie reclamará.

—¿Quieres decir qué…?

—Quiero decir lo que has entendido. Dentro de poco esa mujer ya no va a servirme y entonces será eliminada.

Los ojos de Devil y los de Vilches se clavaron a la vez en Ana. Era evidente que la suerte que le esperaba no podía resultar peor.

Cualquier mujer se hubiera arrastrado por los suelos para tratar de evitarla, pero Ana se mantenía impasible y como si todo lo que se había hablado no fuese con ella.

Eran admirables la serenidad y la valentía que demostraba, pero eso iba a servir de bien poco.

Vilches pareció comprenderlo así cuando murmuró:

—Tú solo tienes una virtud, Gómez, y es que sabes admirar la valentía.

—Tengo otras virtudes, además; pero, en fin… ésa también.

—Quizá te interese saber que soy capaz de resistir cincuenta latigazos antes de morir.

Gómez le miró con curiosidad.

—¿Qué insinúas?…

—Haz que tus hombres me maten a latigazos. Resistiré en pie hasta cincuenta, antes de hundirme para siempre, ya lo verás… Será un hermoso espectáculo para ti, pero tienes que prometerme que no causarás el menor daño a Ana.

El general Gómez se pasó una mano por la mandíbula, con divertida curiosidad.

Sabía que un hombre no puede resistir cincuenta latigazos, pero le gustaban las apuestas.

—Podemos hacer un trato —dijo.

—Tú tienes la palabra.

—Puedo hacer con la chica lo que quiera, pero aceptaré el dejarla libre si tú resistes los cincuenta golpes sin que se doblen tus rodillas. Ahora bien, piensa que en cuanto desfallezcas una vez, ella pagará las consecuencias.

Ana se revolvió violentamente.

—¡Nadie puede resistir eso! ¡Es un sacrificio inútil! ¡No lo hagas!…

—Vaya, veo que os queréis —sonrió Gómez.

—No le quiero, pero tampoco pienso caer en tus sucios brazos sabiendo que antes un hombre ha muerto por mí.

Vilches hizo rechinar los dientes.

—No le hagas caso. Acepta, Gómez.

Gómez hizo una seña.

Dos de sus hombres arrancaron la camisa de Vilches, dejándole la espalda al descubierto, y lo ataron de una argolla que colgaba de la pared, con los brazos en alto.

Ana pateaba desesperadamente, intentando evitar aquello, pero sus esfuerzos eran inútiles.

En cuanto a Devil, lo miraba todo sin inmutarse. Diríase que lo sucedido no le afectaba.

Nada más falso, por cuanto se sentía profundamente impresionado ante la actitud de Vilches.

Se daba cuenta de que éste era un verdadero hombre, un tipo capaz de los mayores sacrificios por defender lo que consideraba justo.

Y estaba esperando la menor oportunidad para ayudarle. Pero las ligaduras que sujetaban sus muñecas eran sólidas, y los nudos estaban bien hechos. No conseguiría nada.

También podía haber suplicado, pero no quería darle ese gusto a Gómez.

Vio que uno de sus secuaces, un verdadero gigante, entraba en la antigua sacristía.

Entre sus manos descansaba un largo látigo.

Devil, que aún llevaba la espalda cosida, supo lo que significaba aquello. Y cerró los ojos al oír el primer chasquido.

La muchacha lloraba silenciosamente.

El segundo chasquido.

El gigante golpeaba con habilidad y con una especie de frío odio. Cada uno de sus latigazos hubiera bastado para derribar a un hombre menos resistente que Vilches.

Tercer chasquido.

Vilches tenía los dientes apretados, pero no gemía. No se estremecía siquiera. Estaba dispuesto a doblarse para siempre al recibir los cincuenta latigazos, pero ni uno antes.

Cuatro chasquidos.

Devil tenía los ojos entrecerrados. Sabía que un hombre no puede resistir un castigo semejante por muy fuerte que sea su voluntad. Las rodillas de Vilches se doblarían antes de llegar a los

veinte latigazos. Tenía que suceder…

Pero después de pasar de la cuenta de diez, el generalito se mantenía firme.

Sus rodillas no habían temblado una sola vez, y sus pies se apoyaban firmemente en el suelo.

Gómez le miraba con creciente curiosidad, preguntándose hasta qué punto sería capaz de resistir aquel diablo.

Las vacilaciones empezaron después de la cuenta de doce. Las piernas de Vilches temblaron ligeramente.

Gómez dijo burlonamente:

—Y aún faltan treinta y ocho…

—Conocí cierta vez a un hombre que no murió hasta el latigazo número cincuenta —mascullό Vilches—. Yo puedo hacer lo mismo.

—Muy bien… Pues prueba…

Era inútil. Después del latigazo número dieciocho, las rodillas de Vilches temblaron un momento.

Se rehízo enseguida, pero volvió a fallar en el diecinueve.

Era evidente el terrible esfuerzo que tenía que hacer para mantenerse erguido. Todo su cuerpo temblaba.

Y en el latigazo número veintiuno se derrumbó definitivamente, cuando toda su espalda no era más que una mancha de sangre.

Perdió el sentido.

Gómez dijo suavemente:

—Uno de propina…

El último latigazo terminó también con la resistencia de Ana.

La muchacha sollozaba ya espasmódicamente.

Gómez la envolvió en una mirada ardiente y maligna.

—Ya has oído lo que él dijo. Perdió la apuesta…

—¡Yo no he hecho ninguna clase de apuesta!

—Bueno… ¿qué más da? Pero yo así me siento más tranquilo, ¿sabes? Porque no dejo de ser un hombre honrado, que respeta los pactos. Él se convirtió en tu defensor y ha perdido. Ahora todos podéis largaros de aquí… excepto tú, preciosa.

Vilches fue desatado y sacado al exterior, todavía sin sentido. En cuanto a Devil, a pesar de que intentó emplear todos sus recursos para llevarse por delante a alguien, nada consiguió.

Ana quedó encerrada en aquella habitación enorme, de gruesas paredes de piedra y altas ventanas que de ningún modo podía

alcanzar. Gómez, envolviéndola en una mirada viciosa, se acercó a ella.

Mientras tanto Devil, en el exterior, se mordía los labios desesperadamente.

Sabía que nada podía hacer para salvar a la muchacha. Y lo peor era que desde allí oiría sus gritos.

Estaba detrás de una gruesa columna, junto al inanimado Vilches, de cuya espalda seguía cayendo la sangre.

Y no le quedaba la menor probabilidad de huida, porque, además, uno de los sicarios de Gómez le estaba vigilando directamente, con el rifle a punto.

Oyó entonces el primer grito de Ana.

CAPÍTULO VIII

Una febril impaciencia se apoderó de Devil. Hizo terribles esfuerzos por librarse de sus ligaduras.

El tipo que le vigilaba lo notó.

—¿Es que tratas de huir? ¿Tú crees que vas a conseguir algo, imbécil?

Devil no se molestó en contestarle.

Sabía que todo era inútil.

Por eso lanzó una especie de gemido, con desesperación, al oír repetirse el grito de la muchacha.

El sicario sonrió.

—No sufras, aún no ha ocurrido nada grave… Yo conozco a las mujeres. El general sólo la está besando.

—Ella se dejará matar antes de…

—Je, je… Tienes un concepto muy elevado de ella. Demasiado elevado, digo yo. ¿Acaso es tu novia?

—Todo lo contrario. Hace poco la odiaba.

—Entonces, ¿qué te importa?

—También odiaba a Vilches, y sin embargo, ahora lo admiro. Ana es toda una mujer, como él es todo un hombre.

—Resulta muy bonito eso de admirar las virtudes del enemigo… Y muy noble. Pero de nada sirve… Hay que ir a lo práctico, como el general Gómez. Él nunca se equivoca.

Ana, más allá de la gruesa puerta, gimió de nuevo, y su gemido fue más desesperado que los dos anteriores.

—Ahora va a empezar lo bueno… —dijo el sicario.

La desesperación de Devil había llegado a su punto álgido. Tenía las muñecas desgarradas y cubiertas de sangre, de tantos esfuerzos como había hecho por librarse de las ligaduras. Un sudor helado

bañaba todo su cuerpo.

El sicario que le vigilaba reía ahora socarronamente.

—No sufras tanto, muchacho… Peor te parecerá luego, cuando nos la deje a nosotros…

De pronto todo su cuerpo pareció desintegrarse en el aire.

Dio la sensación de que había chocado con una bala de cañón. Sin tiempo para exhalar un gemido, cayó al suelo hecho un ovillo.

Devil no se dio cuenta en el primer momento de lo que había sucedido. Fue segundos más tarde cuando comprendió que el centinela acababa de recibir una terrible pedrada en la nuca. Y ya estaba muerto.

La mano que empuñaba la piedra apareció por detrás de la columna.

Y Devil vio a alguien de quien ya no se acordaba. Vio a Blas.

El gigante soltó la piedra con cuidado y se acercó a él, siempre sigilosamente, para que la gruesa columna le ocultara a las miradas de los otros.

Devil masculló:

—Ya no te esperaba…

—Estaba en el arroyo.

—Creí que habías huido más lejos.

—Yo no huyo nunca. Simplemente, esperaba mi oportunidad. ¿Dónde está Ana?

El gemido, ahogado y angustioso, se reprodujo tras la puerta.

—Ahí… —dijo, calmosamente, Devil.

—¿Es que…?

Devil asintió.

—Sí, muchacho.

—¡Maldita sea! He de…

—No intentes hundir la puerta porque es seguro que está atrancada por dentro. Además, si Gómez se ve comprometido, matará a esa mujer. Hay que obrar de otra manera.

—Sí, pero ¿cómo?

—De momento, desátame.

Blas se apoderó del cuchillo del centinela muerto y cortó las ligaduras de dos secos tajos.

—Bueno, ya estás libre… ¿Y ése?

Señalaba a Vilches.

—Ha intentado salvar a Ana. Sácale de aquí si puedes y trata de llegar hasta el arroyo otra vez.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

—La sacaré a ella como sea… Vamos.

Mientras Blas se encargaba de Vilches, Devil fue saltando de columna en columna, procurando pasar desapercibido para los soldados que había en el templo.

Por fortuna, eso no resultó difícil.

La mayoría de ellos parecían cansados después de una larga marcha, y dormitaban o bebían. Parecían estar seguros de que no les acechaba el menor peligro.

Devil se deslizó por un agujero que había en las ruinas.

Se movía en silencio, como un gato.

No llevaba armas, pero tampoco las consideraba necesarias para lo que iba a hacer. Además, no quería privarse del placer de matar al general Gómez con el propio cuchillo de éste.

Dio un rodeo por el exterior del templo y trató de encontrar las ventanas correspondientes a la vieja sacristía.

Eso no era difícil. Y mucho menos teniendo en cuenta que por una de ellas acababa de surgir otro gemido de la muchacha.

Devil trepó por la pared, valiéndose de los intersticios que había entre las viejas piedras.

Llegó hasta la ventana.

Vio por ella que Ana estaba derribada en el suelo y que Gómez la había sujetado por los brazos, tratando de arrastrarla hacia el lecho plegable que aparecía casi en el centro de la pieza.

Los ojos de Devil se elevaron hasta el techo.

De él colgaba una herrumbrosa cadena que en otro tiempo debió servir para que de ella colgase una lámpara. Ahora le venía que ni pintada para sus propósitos.

Desde el alféizar se lanzó hacia ella, colgándose como un mono que oscila al extremo de una liana.

Voló materialmente por los aires y, además, en medio del mayor silencio.

Gómez mascullaba en esos momentos:

—¡No vale la pena que te resistas, maldita! Vas a…

Las dos botas entraron en contacto con su cráneo al mismo tiempo.

No supo de dónde habían venido los golpes. Pero de repente se encontró volando de un lado a otro de la habitación, mientras en el interior de su cabeza parecía sonar la campanada de una catedral.

La inercia hizo que Devil, después de golpear al general Gómez, llegara hasta la pared del fondo. Luego regresó, exactamente igual que si fuera un péndulo.

Procuró encontrar de nuevo a Gómez en su camino, y así, y como antes había volado hacia su espalda, ahora voló hacia su cara.

El general gritó:

—¡Nooo!…

Aunque en realidad la voz no llegó a partir de su garganta. De pronto las dos botas chocaron contra su cara.

El impacto fue atroz. Salió despedido y dio varias vueltas por el suelo, con las facciones llenas de sangre.

Devil se descolgó entonces de la cadena, cayendo ya tranquilamente de puntillas sobre el suelo.

Ana le miraba como si él fuese un aparecido.

—Tú…

—Hemos de largarnos, preciosa…

—Pero ¿cómo has podido…?

—Eso te lo contaré cuando nos hayamos casado, muñeca.

Miró a Gómez, que aún se retorcía en el suelo, dominado por el dolor y por la falsa sensación de que tenía la cara abrasada.

Buscó algo para acabar con él y pensó que el látigo con el que había castigado a Vilches sería una buena arma.

Se lo enroscaría al cuello y le estrangularía. Devil sabía hacer eso perfectamente.

Lo tomó por la empuñadura, y en aquel momento se oyó a alguien aporrear furiosamente la puerta.

—¡General! ¿Se encuentra bien? ¡Diga algo, general! ¿Qué ocurre?

Sin duda acababa de ser descubierta su fuga. Y alguien trataba de entrar allí.

Pero, por fortuna para ellos, la puerta estaba atrancada por dentro. Y aunque la madera había sido castigada por la carcoma, aún haría falta un cañonazo para derribar aquello.

De todos modos no tenían tiempo que perder.

Alguien podía tratar de entrar de un momento a otro por las

ventanas, que eran su única escapatoria.

La cadena aún oscilaba.

El joven señaló la cama plegable.

—¡Súbete a ella, pronto! ¡Y trata de alcanzar la cadena cuando pase por encima de ti!

Ana obedeció inmediatamente.

A pesar de que la cadena quedaba alta, su ágil cuerpo saltó con magnífica precisión y logró asirse.

Luego se balanceó como una trapecista, dando impulso a la cadena para que llegara hasta la ventana.

Devil la vio pasar dos veces por delante de sus ojos, más elegante que una bailarina, y más deseable que una diosa pagana.

¡Y sólo le faltaba la poca ropita que llevaba encima!

Devil le dio una palmada en salva sea la parte cuando Ana pasaba junto a él.

—¡Bravo, chamaca!

Ella movió las piernas y por poco le clava uno de sus altísimos tacones en un ojo. Devil llegó a olvidarse de que ahora eran ya varios los que aporreaban la puerta con sus culatas, lo cual resultaba más peligroso de lo que imaginaba.

Porque bastaría que abrieran un pequeño hueco en la madera para poder balearle desde el exterior.

Ana llegó hasta el alféizar, se quedó en él, y soltó elegantemente la cadena.

—¡Ahora tú!

Devil vio que el general gateaba hacia él, tratando de sujetarle por las piernas.

Con gusto le hubiera matado, pero no tenía un segundo que perder.

Ahora Ana ya estaba en la ventana y podían verla desde fuera. Bastaría un disparo para acabar con ella.

Por eso se limitó a propinar a la cara de Gómez un puntapié que le hizo temblar todos los huesos.

—¡Nos volveremos a ver, puerco! —masculló—. ¡Y entonces no saldrás tan bien librado como ahora!

Se colgó él también de la cadena, tomó impulso y llegó hasta el alféizar.

Sujetó suavemente por la cintura a la muchacha, que se revolvió

como una tigresa.

—Déjame…

—Mujer, sólo quería ayudarte…

En aquel momento los soldados que estaban en el exterior lograron abrir un hueco en la madera carcomida. Uno de ellos pasó por el agujero el cañón de su rifle y trató de mirar.

—¿Qué ves?

El del rifle alzó una ceja.

—No sé… Pero me parece como si alguien fuera a gatas por el suelo…

—¡Pues dale!

El soldado disparó. El general Gómez, que, efectivamente, andaba a gatas buscando su revólver, no fue alcanzado directamente por una bala, pero recibió una quemadura en el importante y voluminoso lugar donde terminaba su espalda.

Lanzó un alarido.

—¡Malditos! ¡Cuadrilla de canallas! ¡Hatajo de imbéciles! ¡Ya os arreglaré yo!…

Los soldados se retiraron apresuradamente.

Con todo aquello habían perdido unos minutos preciosos, minutos que Devil estaba aprovechando bien.

El general Gómez tenía tropas por todas partes, pero el desorden era total. Y casi sin excepción corrían en manada hacia la puerta de la iglesia, que era donde sonaban los gritos.

De pronto un soldado gritó:

—¡Allí…!

Acababa de ver a las dos figuras en la ventana iluminada. Alzó el brazo armado con un revólver.

Pero no pudo disparar. Devil voló materialmente por los aires a su encuentro, cayendo encima de él.

Lo derribó por el suelo y lo dejó instantáneamente seco con un golpe de canto que le rompió el cuello.

Se apoderó de su revólver. Dos soldados más habían visto aquello y venían hacia él.

Devil apretó el gatillo dos veces.

—Ahora empiezo a divertirme, muchachos…

Los dos hombres cayeron, alcanzados en la cabeza. El tumulto creció, porque nadie sabía exactamente de dónde habían brotado

aquellos disparos. Y muchos de los hombres del general Gómez tiraban ya al azar, contra las sombras, sin saber lo que ocurría. Con ello no hicieron sino provocar una confusión inenarrable.

Devil hizo una seña a la muchacha.

Ella comprendió y saltó ágilmente. Momentos después corría, entre los arbustos, hacia el arroyo.

Devil la siguió.

No sabía exactamente dónde iba a encontrar a Blas, y temió que ocurriera lo de la otra vez, cuando estuvieron tan cerca y, sin embargo, no llegaron a verse. Pero era de esperar que ahora Blas estuviera más atento.

Así fue.

Oyó que alguien siseaba a poca distancia:

—¡Chist!

Avanzó hacia la espesura y vio a Blas. Éste sostenía por la brida a un caballo.

—¡Pronto! ¡Que suba Ana!

—¿Y Vilches?

—Ya ha recobrado el sentido y está sobre otro caballo, aunque apenas puede tenerse en la silla. No te preocupes por él.

Ana montó.

Pero antes de golpear con sus tacones los ijares del caballo, para hacerle salir de allí, miró a los dos hombres.

—¿Qué vais a hacer vosotros? ¿Cómo pensáis salvaros?

—De una forma muy sencilla —dijo Devil—. Este arroyo se transforma un poco más abajo en un verdadero río, y con corriente bastante rápida.

—Sí.

—Llegaremos hasta allí y nos dejaremos arrastrar por ella.

—Pero…

—¡Ni una palabra más! ¡No hay tiempo que perder!

Dio un golpe a las ancas del caballo y lo obligó a lanzarse a galope al otro lado del arroyuelo.

Los dos hombres chapotearon entonces en el agua, procurando ocultarse entre los matojos que la bordeaban. Tuvieron entonces la sensación de que conseguirían alcanzar el cauce más profundo y huir de allí. La confusión entre los hombres del general Gómez seguía siendo enorme, y nadie les perseguía.

Pero también tuvieron otra sensación o, al menos, la tuvo Devil. La de que nunca más vería a Ana. Nunca más.

CAPÍTULO IX

Tenía la sensación de que estaba muy lejos y de que flotaba sobre una especie de nubes blancas.

Esa sensación la había tenido muchas veces ya. Incluso le parecía haber nacido con ella.

Claro que era absurdo. ¿Por qué le había parecido ir muchas veces en un traqueteante carromato?

Lo último que recordaba era que había corrido en compañía de Blas. Y que se hundieron en el agua mientras sonaban disparos.

Nada de carromatos.

Abrió los ojos y tuvo otra extraña sensación.

La de que estaba en una cama.

También era absurdo, pero aquella sensación se fue haciendo por momentos más y más real.

Movió las manos y palpó unas sábanas.

¡Sí, diablos! ¡Estaba en una cama!

Alguien dijo desde muy cerca:

—Bueno, ya va volviendo en sí…

Devil vio a un hombre de unos cincuenta años, muy moreno, con gafas, quien le miraba fijamente.

Llevaba una bata blanca, lo cual le hacía parecer un doctor. O quizá realmente lo era.

—¿Dónde estoy? —balbució.

—En un hospital.

—Pero ¿en un hospital de dónde?…

—De Hermosillo, la capital.

El joven se quedó helado.

¿Cómo había llegado tan al Sur? ¿Cuántos kilómetros había hecho sin darse cuenta? ¿Y por qué medios?

Sentía una gran flojedad en sus miembros, de modo que apenas podía hablar, pero preguntó:

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Lo trajeron en un carro.

Ah, diablos… Ya estaba el porqué de aquella sensación. Y sin duda el viaje había durado varios días.

—Pero ¿qué es lo que me ocurría? —balbució.

—Pregunte más bien qué es lo que no le ocurría. Usted tenía la espalda cruzada a latigazos.

—Es cierto.

—Muy bien, las heridas se le infectaron. Ha estado a punto de morir. Le dominaba la fiebre.

—¡Pero no he podido estar sin sentido días y días! ¡Es completamente absurdo!

—No ha estado sin sentido. Hablaba a veces, pero luego volvía a hundirse en una especie de sueño. Y seguramente no recuerda nada de lo que pasó.

—Empiezo a recordar algo, pero…

—No se preocupe, todo se normalizará.

El joven se pasó una mano por la frente, pero se dio cuenta de que apenas podía hacer otra clase de movimientos, tan débil estaba.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Tres semanas.

—Tres… semanas.

—Se le alimentaba a base de caldo. No sé cómo ha podido sobrevivir, la verdad. ¿Qué tal esos ánimos?

—Estoy… hecho… cisco.

—Cuando pueda comer algo se reanimará.

—¿Ya estoy mejor de los latigazos?

—De eso está curado.

Devil apretó los labios. De todo aquello había tenido la culpa Ana… ¡y, sin embargo, no podía odiarla! Se daba cuenta de que ella era como una fuerza de la naturaleza. Y las fuerzas de la naturaleza, son ciegas, pero auténticas y admirables. Ella era también bravía y rebelde como la tierra en que se vio obligada a luchar.

¿Qué habría sido de la muchacha?

¿Dónde pararla, después de haber transcurrido nada menos que tres semanas?

Y había otras cosas, como por ejemplo…

—Oiga —murmuró—, yo huí con alguien, con una especie de gigantón. ¿Qué ha sido de él?

Una voz rotunda gruñó entonces, a su derecha:

—Aún no la he palmado, muchacho…

El joven volvió levemente la cabeza y vio a Blas, en la cama contigua. Blas tenía mucho mejor aspecto que él, pues despachaba un plato de carne asada con la expresión placentera de un auténtico burgués. Llevaba una camisa de dormir muy cómica y que le quedaba pequeña, pero eso pareció preocuparle muy poco.

Despachó un vaso de vino tinto.

—A tu salud, muchacho.

—¿Cómo estás aquí?

El hombre de la bata blanca ya se había ido. Blas sonrió abriendo su boca enorme.

—Porque me he fingido enfermito. Así me han cuidado a cuerpo de rey todo este tiempo.

—Pero tú estabas herido… Aquella cuchillada…

—Cierto. No es que estuviera bien del todo, pero exageré. Y nunca he vivido mejor, muchacho.

—¿Es cierto que estamos en Hermosillo?

—Sí.

—Es muy lejos…

—Desde luego, pero el médico no te mintió. Te trasladaron en un carromato. Y yo iba a tu lado.

—¿Por qué hasta aquí?

—Porque imaginé que era el único sitio donde podríamos pasar más o menos desapercibidos, ya que en otro lugar más pequeño nos hubiera echado el guante el general Gómez. Además, en Hermosillo, como ves, hay un hospital decente. Y yo tuve mucho interés en traerte hasta aquí porque pensé que, de otro modo, ibas a palmarla.

—De modo que estamos salvados.

—¡Hombre!…

Blas se había encogido de hombros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues nada. Sólo he dicho: «¡Hombre…!».

—Pero con una voz muy rara.

—Verás… ¿Puedes volverte un poco?

—Creo que… sí.

—Pues mira esa ventana.

El joven la miró. Y vio que la ventana estaba enrejada sólidamente.

—Estamos en un antiguo convento —murmuró—. Se trata de una ventana típica…

Blas chascó los dedos.

—Oye… pero ¿tú estás majareta o qué?

—Es que… ¿es que acaso…?

Devil no podía creerlo.

Pero Blas se lo confirmó con voz pausada, como si dictara una sentencia:

—Sí, muchacho. Estamos en la sección del hospital reservada para los prisioneros. Somos los únicos «clientes» de esta zona…

CAPÍTULO X

Devil se daba ahora cuenta de muchos detalles singulares de la habitación.

Las dos ventanas estaban enrejadas, y la puerta era de hierro. No había sillas ni banquillos, sino sólo un banco de piedra. Y en el servicio de comedor que Blas tenía sobre la mesita, no figuraba ni tenedor ni cuchillo.

No cabía duda de que estaban prisioneros.

—¿Por qué? —musitó.

—De momento, por nada importante. Sólo porque nos suponen fugitivos de algún penal, dadas las circunstancias en que llegamos hasta aquí. Sobre todo tus latigazos les llamaron muchísimo la atención.

—¿Y qué van a hacer?

—De momento averiguar si de algún penal del país se reclama a algún fugitivo. Pero eso resulta algo lento.

Devil suspiró con alivio.

—Bueno, entonces no hay problemas…

—¿Por qué?

—Porque en cuanto averigüen que no se nos reclama nos dejarán tranquilos.

—Eso lo crees tú…

—¿Y por qué no he de creerlo?

—Bueno, muchacho… Quizá convenga que sepas la verdad. Aunque no te gustará.

—¿Qué verdad?

—Mira, muchacho… Es bueno que te lo diga. Todo el estado de Sonora anda insurreccionado, y aquí ha habido muchos líos últimamente. Hay quién dice que los gringos atizan el desorden

porque así resolverán mejor las cuestiones fronterizas. Más vale tratar con un débil que con un fuerte… El caso es que esto es un lío, y el poder ha cambiado recientemente de manos. Aquí manda…

Devil había palidecido aún más.

Con voz entrecortada balbució:

—No me digas que… que…

—Sí te digo, muchacho… Manda el general Gómez.

Capítulo XI

Llevaba un uniforme más pomposo que de costumbre. Estaba recién afeitado, y su cara relucía.

Con unas ceñidas y bien lustradas botas de montar quería tener una figura más arrogante, pero eso era difícil, dada su papada y su prominente barriga.

De todos modos avanzó con expresión decidida y penetró en su despacho de la Capitanía, enclavada en las naves de un antiguo convento de clausura.

Firmó, sin leerlas apenas, un par de sentencias de ejecución contra dos desertores, y luego elevó sus ojillos hasta su ayudante, que aguardaba al lado de la mesa.

—¿Qué noticias hay de la situación?

—Continúan insurreccionadas muchas haciendas y pequeñas poblaciones, general, pero en los lugares importantes se acepta su autoridad.

—¿Y las tropas?

—Han sido distribuidas de acuerdo con sus instrucciones.

—Hay algo más. ¿Leyó las órdenes bien detalladas que dejé anoche sobre esta mesa?

—Sí, general.

—¿Y qué?

—Estamos buscando por todas partes. Pero no hay ni rastro de esas cuatro personas.

—¡Pues han de dar con ellas! ¡Se trata de un asunto de seguridad nacional!

El ayudante asintió con la cabeza. Estaba harto de que el general Gómez hablara siempre de lo mismo, pero él no tenía más remedio que obedecer. Y dijo, resumiendo la situación:

—De ese que se hace llamar general Vilches, y de la mujer que marchó con él, no hemos hallado el menor rastro, pese a haber interrogado a los campesinos, y a los guías de las caravanas que se dirigen hacia el norte. De los otros dos individuos tampoco. Aunque la verdad es increíble que hayan podido esfumarse siendo uno de ellos extranjero.

—Ese extranjero, Devil, habla el español tan bien como tú y yo. En caso necesario podría hacerse pasar por natural del país.

El general Gómez se pasó una mano, pensativamente, por la lustrosa mandíbula.

—Hay que pensar que esos hombres estarán heridos —dijo—. ¿Y si hubiesen ido a parar a algún hospital?

—No se me había ocurrido eso —dijo el ayudante.

—También carecerán de documentos y de personas que los avalen, por lo que es muy posible que hayan ido a parar a la cárcel, o a las enfermerías para sospechosos que suele haber en los hospitales. Quizá no hemos encontrado a esos tipos precisamente por lo cerca que los tenemos. Hay que hacer una investigación.

El ayudante se cuadró.

—Desde luego, general. Pero he de informarle también que hay malas noticias del gobierno central. Tropas federales se dirigen hacia aquí para aplastarnos. A usted se le considera un insurrecto…

El general Gómez golpeó furiosamente la mesa.

—¡Yo les enseñaré a esos granujas del gobierno central lo que deben hacer! ¡Pronto lo sabrán, cuando entre a la cabeza de mis tropas en Ciudad de México! ¡Pero todo llegará a su tiempo! Ahora lo más importante es encontrar a esos granujas. No hay que perder tiempo con la investigación que he ordenado.

—¿Llevo muchos hombres, general?

—Al menos le conviene llevar veinte. Esa gente es muy peligrosa.

—Así lo haré. A sus órdenes.

El general Gómez, al quedar solo, se acercó a la ventana enrejada de su despacho. La calle que se observaba más allá tenía ese ambiente quieto, tranquilo, de las viejas callejas conventuales. A Gómez le gustaba aquella paz, aquella calma que le llenaba de sensualidad. ¡Sólo necesitaba allí a Ana, para devorarla con sus besos!

De pronto quedó como paralizado.

Creyó estar viendo algo irreal, algo que no existía. Una imagen creada por sus propios sueños.

La mujer, severamente vestida y cubierta con un velo, pasó ante la ventana y se perdió en silencio entre las sombras de la calleja.

El general abrió mucho la boca.

Porque… ¡o él estaba borracho o aquélla era la propia Ana!

Claro que eso no podía ser.

Debía tratarse de otra mujer que se parecía bastante a ella.

Pero resolvió salir de dudas e hizo sonar la campanilla de plata que estaba sobre la mesa de su despacho.

La puerta se abrió y un hombre pomposamente uniformado apareció en el umbral. Era el oficial de la guardia.

—Mande, general.

—Quiero que envíe dos hombres a esa calle y detengan a la mujer que acaba de pasar por ella. Ha de ser conducida a mí presencia inmediatamente.

—¿Qué clase de mujer, señor?

—Es joven y muy bonita. Viste de negro. No pierdan ni un segundo porque aún tiene que estar ahí. La calle es larga y no ha tenido tiempo para salir de ella.

—Bien, señor.

El oficial fue a cerrar la puerta para alejarse. Pero en aquel momento alguien lo impidió, apoyando tranquilamente el pie en la hoja de madera.

Gómez mascullό:

—¿Qué ocurre?

El hombre que acababa de impedir que se cerrase la puerta penetró tranquilamente en el despacho, haciendo sonar sus espuelas.

—Hola, general. ¿No le gusta que haya entrado así?

Gómez quedó demudado unos momentos. Miró al oficial que aguardaba expectante en la puerta.

—No hace falta que se quede aquí —dijo secamente—. Váyase y cumpla mi orden.

La puerta se cerró definitivamente.

El general y el recién llegado quedaron solos.

Éste era, en verdad, un tipo que se salía de lo normal. Muy alto

y muy delgado, vestía enteramente de negro y tenía unas facciones finas y al mismo tiempo brutales. Llevaba los dos revólveres muy bajos y con los puntos de mira limados.

Había verdugos que tenían mejor aspecto que él.

Se sentó en uno de los sillones y puso una bota sobre la mesa, rascando el barniz con la espuela, pese a la mirada irritada del general Gómez.

Éste masculló:

—Le esperaba ayer, Burt.

—Es que tuve trabajo.

—¿Trabajo…?

—Sí. Encontré una chica que me gustó y nos hemos entretenido todo un día.

Gómez apretó un momento los puños.

Estaba habituado a tratar con los tipos como Burt y sabía que le eran necesarios, pero le molestaba su insolencia.

—Pues por culpa de ese retraso puede que sus servicios ya no me sean precisos —dijo secamente.

—¿No?

—No. Y en ese caso no estoy dispuesto a pagar ni un peso.

—¿Qué es lo que tenía que hacer? —murmuró Burt.

—Encontrar a una mujer. Pero esa mujer —gracias a una afortunada casualidad—, me parece que va a ser traída muy pronto por los oficiales de mi guardia.

Burt se encogió de hombros.

—Bueno, si es así…

Y se puso en pie para marcharse. No parecía que la perspectiva de haber hecho el viaje en vano le molestara mucho.

En aquel momento volvieron a llamar a la puerta.

—Entre.

Era el oficial de guardia. Venía muy pálido.

—¿Qué hay? —preguntó Gómez.

—Esa mujer no está, mi general.

—¿Cómo?

—Nadie la ha visto en la calle.

—¡Pero si ha pasado por delante de mis ojos!

—El centinela tampoco la recuerda general. No ha distinguido a nadie. Yo creo que…

—¿Qué es lo que cree? —preguntó amenazadoramente Gómez.

—Nada, mi general. Seguiré… buscando.

Burt rió suavemente y volvió a sentarse en la butaca que antes ocupara.

—Vaya… —dijo—. Al parecer, mis servicios son necesarios otra vez.

—¡Yo estoy seguro de haberla visto!

—Debía ser otra mujer.

—Es posible, pero ¿por qué no la han encontrado tampoco?

—Quizá sus hombres necesiten gafas, general Gómez. Bien… Ya sabe que yo soy especialista en encontrar a gente fugitiva y en liquidarla si hace falta. ¿Cómo se llama la mujer a la que he de buscar?

—Ana Expósito.

Burt arqueó una ceja.

—La conozco.

—¿De qué?

—Esa mujer contrataba pistoleros muy buenos para defender su hacienda, y yo la he oído nombrar. Cierta vez la vi en un rodeo y llegué a hablar con ella. Toda una hembra.

—Desde luego.

—¿Y dónde está?

—Ésa es misión suya, Burt. Supongo que se encuentra en el estado de Sonora, y quizá muy cerca de aquí, pero puede que yo esté confundido. Búsquela por todas partes y tráigala. Ah… Es muy posible que la acompañe un hombre.

—¿Quién?

—Ese que se hace llamar general Vilches.

—Lo conozco también.

Gómez se sentó tras la mesa y dio unas órdenes sucintas:

—Ya sabe que yo pago bien, Burt, y que no lo lamentará si me sirve honradamente. A la mujer la quiero viva e intacta. Al hombre, a Vilches, lo quiero bien muerto, ¿entendido?

Burt sonrió cansinamente.

—Claro que está entendido, general… Las mujeres bien vivas y los hombres muertos son mi especialidad. ¿A qué viene insistir tanto en eso?…

Extrajo un largo cigarro y se lo puso en la boca, escupiendo

tranquilamente la punta sobre la mesa.

* * *

Blas fue el primero en oír los cascos de los caballos sobre la calleja empedrada. Y fue el primero también en adivinar lo que se avecinaba para los dos.

Saltó del lecho y se acercó a la ventana.

Vio a los soldados que remontaban la pendiente de la calle, dirigiéndose al hospital de una manera inequívoca.

—Oye, Devil…

Devil había alzado la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Ya lo veras. ¿Cómo estás de ánimos?

—Pues… así… así…

De todos modos Devil tenía mucho mejor aspecto.

Se había bañado y afeitado, comiendo después algunas cosas ligeras. También iba vestido con ropas limpias, aunque de eso los enfermeros no sabían nada. Blas había robado aquellas ropas en el depósito de intendencia del hospital, ocultándolas luego entre los colchones de su cama. Para él también había conseguido algunas prendas, aunque tenía peor aspecto porque le venían estrechas.

Chascó dos dedos y murmuró:

—Creo que vienen a por nosotros.

—¿Gómez?

—Sí. Los que vienen son hombres suyos, sin duda, y ahora van a entrar en el hospital.

—¿Muchos?

—He contado diez.

—¿Cómo diablos habrán averiguado que estamos aquí?

—Quizá no lo han averiguado aún, y esto es una inspección rutinaria, pero de todos modos vamos a pasarlo mal. Hay que ahuecar el ala.

Los ojos de Devil brillaron.

—Me gusta volver a la acción, muchacho, aunque por el momento esté algo flojo. Tuviste una gran idea al conseguir ropas…

—Sabía que tarde o temprano esto tenía que llegar.

—Tú conoces mejor el ambiente. ¿Cómo salimos de aquí?

—Si tiras de ese cordón acudirá el enfermo, que es carcelero a la

vez. Él tiene unas cuantas llaves. Lo demás puedes imaginártelo…

Devil sonrió.

—Pues adelante…

Tiró del cordón y se situó a un lado de la puerta. En posición bien visible quedaba Blas, cubierto por la sábana y con expresión plañidera.

La puerta se abrió.

Un tipo cuadrado y robusto atravesó el umbral. Llevaba un revólver y un manojo de llaves.

—¿Qué pasa…?

—Me he puesto muy enfermo… —gimió Blas—. Me duele la tripita…

—Dirás que te duele la tripaza… Tienes una panza que llena la habitación.

—Llame al doctor… Yo creo que esto se acaba…

—¡Ojalá se acabase de una vez y os colgaran a los dos! ¿Dónde está tu amigo?

—Aquí —murmuró Devil.

Antes de que el otro se volviera, movió la mano derecha y le propinó un seco golpe en la nuca. Pero Devil no estaba demasiado en forma y necesitó repetirlo para que el otro cayera.

Blas se destapó.

—Buen golpe, muchacho… Pronto, hay que meterlo en la cama.

Lo sujetaron, uno por los pies y otro por los hombros, y lo depositaron en el lecho, cubriéndolo amorosamente.

—Ahora vamos…

Devil hacía oscilar el revólver en su mano derecha. Sólo al sentir el contacto del metal ya le parecía como si se sintiese mejor, como si hubiera vuelto a los buenos tiempos.

Se lo entregó a Blas.

—Toma…

—No, llévalo tú. Estás más débil y lo necesitarás.

—Precisamente porque estoy débil no tendré puntería. Vamos… Hay que salir de aquí enseguida.

Blas tomó el revólver y lo remetió entre su camisa y su pantalón, pues ninguno de los dos llevaba cinto ni funda. Un momento después corrían por el pasillo.

Éste se hallaba silencioso. Pero al doblar un recodo vieron una

reja con un hombre guardándola.

Y no era eso solo. Varios hombres uniformados se acercaban por el otro lado de aquella reja, con la intención evidente de llegar hasta ellos. Eran los soldados del general Gómez.

Un par de ellos les vieron.

—¡Allí!…

Las balas atravesaron la reja en cuestión de segundos. Devil y Blas tuvieron que pegarse a la pared lo mejor que pudieron y luego saltar hacia el recodo, quedándose a cubierto momentáneamente. Pero la verdad era que se sentían acorralados como nunca.

Oían las voces a poca distancia.

—¡Abre la reja de una maldita vez!…

—¡Esos dos tipos son los que buscamos!

Mientras tanto, los dos «tipos» miraban hacia las paredes, no sabiendo cómo encontrar una solución.

Al fin Blas gritó:

—¡Por allí!

Señaló una puertecilla metálica en una de las paredes. A primera vista tenía el aspecto de la boca de un horno.

—¿Qué es eso?

—Por aquí sacan los cadáveres de los ejecutados. ¡El patio de la horca está junto a la enfermería! Hay una rampa que da directamente al depósito. ¡No pierdas tiempo!

La abrió. Devil pasó las piernas por el hueco y luego introdujo todo el cuerpo, como un cadáver, pero dotado de movimiento. Sintió que se deslizaba por un tobogán, y luego oyó forcejear a Blas, cuyo enorme corpachón no pasaba apenas por la abertura.

Fue a caer directamente sobre una mesa de mármol y lanzó una maldición, porque tuvo la sensación de que se había roto todas las costillas.

Un tipo vestido de blanco fue a arrojarse sobre él.

—Pero ¿qué clase de muerto eres tú, granuja?

Devil lo dejó sin sentido de un puntapié en la mandíbula.

—Más o menos como tú…

Y hubo de apartarse inmediatamente, porque por el tobogán resbalaba ya Blas; y si Blas llega a caer encima de él seguro que no lo cuenta.

La mesa de mármol por poco se hundió.

Devil miró a su alrededor. No había más enemigos a la vista, aunque podían llegar de un momento a otro.

—¡Pronto! ¡Por esa puerta!

Salieron inmediatamente al exterior, y por un momento les cegó la luz del sol. Pero vieron que los soldados habían tomado también sus precauciones.

Aquella salida estaba bien guardada.

Dos jinetes, enarbolando sables, se lanzaron sobre ellos. Blas eliminó de un disparo al que venía sobre él. En cuanto a Devil, se encontró materialmente acorralado entre el sable y una pared de piedra.

Logró ladearse cuando el jinete descargaba su golpe. La hoja de acero resbaló sobre la pared, trazando una línea zigzagueante.

Un momento después, la muñeca derecha del jinete era sujetada por dos garfios que parecían de acero.

Devil lo hizo descabalgar de un brusco tirón y lo volteó por encima de su cabeza. El jinete lanzó un grito y quedó sin sentido sobre la acera.

Llegaban dos más, doblando la esquina. Sin duda los gritos y el disparo les habían atraído.

Éstos no llevaban sables en las manos, sino rifles. Por unos momentos la situación les pareció a los dos fugitivos verdaderamente desesperada.

Devil se arrojó al suelo cuando el primer jinete disparaba. La bala restalló entre las piernas.

Algo brilló entonces junto al cuerpo de Devil y salió disparado como un rayo de luz.

Era el sable de unos de los jinetes caídos. El que estaba más cerca de los recién llegados, y el cual iba a disparar de nuevo, recibió la hoja de acero en pleno pecho.

Con las dos manos trató de desclavársela, mientras lanzaba un aullido. Su compañero levantó también el rifle.

Demasiado tarde.

Blas había empleado el revólver con más rapidez y lo abatió de un balazo. Por unos breves instantes la calle quedó despejada.

—¡Muy bien! ¡Esto sale a pedir de boca, muchacho!

Blas estaba optimista, pero muy pronto aquel optimismo se esfumó por completo.

Justo en el momento en que tres hombres más a pie, apareciendo tras la inmediata esquina, les apuntaron con sus rifles.

Los dos amigos vieron también que dos jinetes más venían a su espalda, con los sables preparados.

Les había tocado perder.

Y para aquello no había escapatoria.

CAPÍTULO XII

Fue Blas el que primero alzó las manos. No tenía la menor probabilidad de salir triunfante en la lucha, y se dio cuenta de que ofrecer resistencia era un suicidio.

Devil le imitó de mala gana, aunque era él precisamente quien estaba en peor situación, porque no tenía ningún arma.

Los jinetes les golpearon con el sable plano.

—¡Son estos dos tipos! ¡Atadles!

Un oficial acababa de llegar a toda prisa. Intentó golpear con su bota derecha a Devil, pero éste le sujetó rápidamente por un tobillo, tiró hacia arriba y lo volteó aparatosamente.

El oficial sacó su revólver. Sus facciones estaban congestionadas, y el joven adivinó que iba a disparar.

No se inmutó. Por el contrario, dejó que en sus labios flotara una burlona sonrisa.

En el último momento, uno de los soldados le salvó la vida. Se interpuso materialmente entre el oficial y él.

—Cuidado, señor… El general Gómez los querrá vivos.

—Sí… Eso es lo que les salva… ¡Venga, arread con ellos!

Los dos prisioneros fueron conducidos a la Capitanía a golpes de sable. Como el viejo convento estaba muy cerca, apenas tardaron cinco minutos en llegar hasta allí, pero cuando atravesaron la puerta ya tenían la piel llena de cardenales a causa de los sablazos propinados con la hoja plana.

Los que iban a caballo desmontaron, para unirse a los de a pie. Todos escoltaron a ambos prisioneros hasta el despacho del general Gómez.

Devil sabía que estaba ya perdido, pero eso no le importaba demasiado. Más bien sentía una especie de malsana curiosidad por

saber qué clase de muerte le habría deparado el generalito.

El oficial golpeó con los nudillos en la puerta.

—¿Da su permiso?

—Adelante.

Por lo visto Gómez hacía guardar todas las formas externas de la disciplina militar, como si fuese un general de verdad.

La puerta fue empujada.

El grupo de hombres entró.

Vieron el despacho, la mesa solemne y el sable que descansaba sobre ella.

Tras la mesa se sentaba un general. O al menos alguien que llevaba un uniforme de ese rango.

Devil tuvo que hacer un terrible esfuerzo para ahogar un grito de asombro.

Porque el uniformado personaje que se sentaba tras la mesa era… ¡Vilches!

Capítulo XIII

El oficial que les había traído hasta allí alzó la cabeza con un gesto brusco. De una forma instintiva llevó la mano al revólver.

—¿Quién es usted?

—¿No lo ve? El sustituto del general Gómez…

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Dónde está el general?

Vilches señaló con el mentón a un lado del despacho donde el general Gómez, atado de pies y manos, trataba furiosamente de patear contra la pared, cosa que no conseguía.

—¡Lo han raptado! —gritó el oficial—. ¡Infiernos!… ¡Voy a…!

Y tiró del revólver.

En aquel momento los solemnes cortinajes que jalonaban una de las ventanas se movieron de repente. El hombre vestido de negro que había estado oculto tras ellos, empezó a actuar.

Era una especie de máquina ciega, implacable y loca.

Llevaba dos revólveres, es decir, doce balas y en aquel momento había en el despacho nueve soldados y un oficial. Antes de que se dieran cuenta, antes de que Devil pudiese impedirlo, todos habían sido atravesados.

Burt se acercó lenta y pausadamente, mientras hacía oscilar los revólveres en los que aún quedaban dos balas. Devil había contado eso muy bien.

Dirigió una mirada glacial a los cadáveres que se amontonaban en el despacho. Aquélla había sido una matanza a sangre fría, y los cuerpos contorsionados le ofrecían un espectáculo que él tuvo la sensación de que no iba a olvidar jamás.

—¿Y el centinela de la puerta? —preguntó—. ¿No se habrá extrañado, con tantos disparos?

—El centinela de la puerta es hombre de mi confianza —dijo

Vilches.

—¿Cómo estás aquí?

—Burt me ayudó.

Los ojos de Devil giraron un momento.

—De sobra conozco a Burt. Es un pistolero profesional. Siempre se ha alquilado para matar y no para otra cosa.

—Pero mato rápido… No hago sufrir.

—Yo también te mataré rápidamente, Burt. Sin hacerte sufrir tampoco. Sin que tengas tiempo de pestañear siquiera.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Debiste dar una oportunidad a esos soldados. Debiste dejarles huir. La mayoría eran pobre gente que no sabían ni quién los mandaba, y en especial uno de ellos me había salvado hace poco la vida.

—Bueno, pues olvídate de él… Ése ya no tiene preocupaciones.

—Tú también vas a olvidarte de muchas cosas, Burt.

Vilches se puso en pie.

Aunque andaba algo encorvado, sin duda a causa de la tensión de la piel de su espalda, lo cierto era que el uniforme le sentaba bastante bien. Debió robarlo del vestuario de algún alto oficial, haciendo coser los entorchados de general a toda prisa.

—Burt es un amigo —dijo—. No debes discutir con él Devil.

—Tienes unos amigos muy extraños, Vilches. Y me gustaría saber de qué forma te ha ayudado.

—Gómez lo contrató, pero Ana y yo ya nos habíamos puesto de acuerdo con él.

—¿Para apresar a Gómez?

—¿Para qué, si no? Era la única manera. Gómez confiaba en Burt ciegamente.

—Traje a Ana —musitó el pistolero, cuando Vilches dejó de hablar—, y la hice pasear por esa calle, por delante de las mismísimas narices de Gómez. Cerca de la ventana hay una puertecita cuya llave teníamos ya, y que ella empleó para entrar aquí. En cuanto Gómez la vio, quedó sin poder respirar siquiera. Entonces todo fue muy fácil.

En los ojos de Devil seguía flotando una mirada muy especial, una mirada helada.

—¿Qué pretendéis? —susurró.

—Muy sencillo —dijo Vilches—. Caído Gómez, yo soy quien manda en esta plaza. Bastantes de sus hombres me obedecen ya. Todo consiste en convencer a los otros.

—¿Y ser como Gómez?

—No tanto, hombre… Gómez era un servidor de los terratenientes. Yo estoy con el pueblo.

—Pero las tropas federales os aplastarán. He oído decir que ya vienen desde Ciudad de México.

—Eso de que nos aplastarán lo crees tú. En esta zona les daremos su merecido.

—No me gustan las sublevaciones, Vilches. No me gusta la guerra civil. Estés con quien estés, tú estás sobre todo contigo mismo. Eres un ambicioso impenitente, un campesino que quiere morir con uniforme de general. De acuerdo… No soy yo quien ha de hacerte pagar tus errores, pero ten por seguro que los pagarás. Y ahora deja que me largue.

—¿Eso quiere decir que no estás conmigo?

—No estoy con ninguno de vosotros. Y supongo que a Ana le ocurre lo mismo.

—Ana es un caso aparte.

—¿Dónde está ahora?

—No te interesa.

—Ana es una mujer a la que no habrás podido domar —dijo ásperamente Devil—, a pesar de que habéis vivido bastantes días juntos.

—No, no he podido domarla —reconoció Vilches—. ¿Vas a intentarlo tú?

—Ana es la mujer de mi vida. Lo supe desde el principio, aunque entonces, y por unas horas, la odié con todas mis fuerzas. De modo que la seguiré hasta donde sea porque estoy seguro de que tampoco le resulto indiferente. Y lamentaría por ti que durante estos días pasados hubieras tratado de aprovecharte de la situación, Vilches.

El flamante general sonrió sin ganas, con una expresión que más bien era triste y que al joven le sorprendió.

—Te sorprendería saber lo que ha ocurrido entre Ana y yo —dijo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los dos hemos estado dominados por los recuerdos. Es una

cosa que quizá te parezca sin sentido.

—De momento, sí.

—Muy bien, no te doy más explicaciones. Algún día lo comprenderás con una claridad absoluta. Y ahora no perdamos más tiempo.

—¿Qué es lo que te corre tanta prisa?

—He de repartir órdenes, hacerme cargo de la situación… Todos los hilos están todavía sin sujetar. Necesito que la guarnición me obedezca para hacer frente a los federales cuando lleguen aquí.

Los labios de Devil dibujaron una mueca helada, la mueca de un pistolero que se apresta a correr en pos de su destino.

—Lo de la guarnición es asunto tuyo —murmuró—. Y también son asunto tuyo esos entorchados de general que luces tan orgullosamente. Pero yo quiero ver a Ana; eso es lo único que te pido. Ver a Ana y tener una conversación con ella.

—Reconozco que a Ana no le eres indiferente —dijo—. Me ha hablado mucho de ti. Sin embargo, más valdrá que la olvides. Y entiéndeme bien… Que la olvides para siempre.

—La quieres para ti, ¿no?

—No, no la quiero para mí. Lo único que me interesa es conservar estos entorchados de general. Luchar contra todo aquel que pretenda arrebatármelos.

Devil no disimulaba su sorpresa. Preguntó con voz opaca:

—Si tú no la quieres, ¿qué vas a hacer con ella?

—Se la he prometido a un hombre.

—¿A quién?

Vilches alzó un poco la mano y dijo con voz helada:

—A Burt…

CAPÍTULO XIV

Había llegado a olvidarse de él. Ya no recordaba que Burt estaba allí, recargando los revólveres parsimoniosamente.

Devil le envolvió en una mirada inquietante, en la que se leía una muda expresión de desafío.

—¿Por qué tú? —murmuró.

—Porque me gusta. Pero, además, por otra razón.

—Dila.

—Yo trabajé en su hacienda. Fui capataz un par de meses hasta que me aconsejó, con buenas palabras, que me fuera porque los hombres no podían aguantarme. Por lo visto resultaba demasiado duro… Entonces le juré que un día yo sería el amo de todo aquello.

—¿Y piensas conseguirlo mediante un matrimonio con Ana?

—Así es.

—Me gustaría saber qué opina ella de todo esto. Y me gustaría saber también qué es lo que ha dicho al enterarse de que ella era el precio de la ayuda de Burt.

—No lo sabe aún.

—¿No? ¿Y pensáis que va a aceptar?

—No le quedará otro remedio —dijo Burt—. Porque tú ya estarás muerto, Devil.

Vilches alzó una mano.

—Eso no era lo pactado. Dije que, si dábamos con Devil, le permitiríamos irse libremente. Y eso es lo que vamos a hacer, Burt, aunque la casualidad lo haya traído hasta aquí antes de lo que pensábamos.

Burt denegó lentamente:

—No quiero dejar a mi espalda un obstáculo de esa clase, Vilches. Y los pistoleros profesionales, como Devil y yo, tenemos un

modo muy sencillo de arreglar las cosas.

Extrajo uno de sus revólveres y lo lanzó por los aires.

—¡Defiéndete, Devil!

El joven no se hizo de rogar. Cazó el «Colt» al vuelo y lo remetió entre su camisa y su pantalón, ya que no tenía funda.

A Burt no le faltaba la razón. Aquélla era la manera normal de resolver sus diferencias dos pistoleros profesionales como ellos.

Estaban apenas a seis pasos.

—Veo en tu cara un sudor muy frío, Devil… —dijo burlonamente Burt—. ¿Es que acaso te impresiona ver a todos esos tipos a los que pronto vas a hacer compañía?

El joven, en efecto, sudaba, pero era de debilidad.

Se daba cuenta de que estaba en inferioridad de condiciones. Le temblaría el pulso en el momento decisivo.

Burt lo notó.

—Debes haber pasado por muy malos tragos…

—Peores que tú.

—Pues aguarda, porque te falta el último.

Vilches hizo un gesto tratando de evitar el desafío, pero sabía que era inútil. Ya nadie podía interponerse en el curso de los acontecimientos.

—Oídme… —llegó a gritar.

La voz de Burt le interrumpió secamente:

—¡Ahora!

Burt se contorsionó con una agilidad no exenta de elegancia. En cambio, Devil se quedó quieto como una estatua.

Sabía que tenía que ahorrar movimientos.

Un solo gesto para, sacar el revólver… ¡Un solo gesto más rápido que el de su enemigo!

El «Colt» rebrilló en sus dedos. Entrecerró los ojos mientras tiraba como en los viejos tiempos, cuando se ganaba la vida como pacificador de ciudades turbulentas.

En el rostro de Burt se dibujó una sangrienta expresión de asombro.

La bala había atravesado su frente y no le dejó tiempo para pensar. No le dejó tiempo para disparar tampoco. El revólver resbaló de entre sus dedos y él cayó hacia atrás, mientras la sangre resbalaba bruscamente hacia sus mejillas.

Después de la detonación, el silencio que se hizo resultó casi agobiante.

Vilches, con un soplo de voz, murmuró:

—No debiste hacerlo…

—Él tenía razón —dijo lentamente Devil—. Nos hubiéramos enfrentado un día u otro y, por tanto, más valía liquidar la cuestión ahora. Pero esa cuestión sólo ha sido liquidada en parte, Vilches.

—¿Qué quieres decir?

—Tú y yo hemos sido rivales y luego amigos en cierto modo. La aventura nos ha unido. No te deseaba ningún mal, pero ahora te has transformado para mí en un tipo aborrecible, un tipo dominado solamente por la ambición, por el deseo de una falsa gloria y el ansia de lucir un uniforme que no has ganado. Tú has vendido materialmente a Ana para que todas esas ambiciones pudieran llegar a realizarse. Y por eso vamos a seguir dirimiendo ese asunto tú y yo, Vilches…

—No te entiendo.

—Es muy sencillo, sin embargo. Lo que ha ocurrido con Burt va a ocurrir también contigo.

—¿Me desafías?

—Y a muerte, Vilches.

Vilches le miró sombríamente.

—¿Sabes que ahora tengo el mando de la guarnición? ¿Crees que hablas con un simple pistolero?

—Precisamente ése es tu peor pecado, Vilches. No eres más que un pistolero y pretendes ser un general.

—Si llegas a liquidarme lo pagarás, muchacho…

—Nadie sabe quién matará a quién. Tú también tienes un revólver y, desde luego, mejor pulso que yo.

—Pero…

—Creí que querías a Ana, Vilches.

—Y la quiero…

—¿Sí? No me hagas reír porque luego me duelen los riñones.

—La quiero de un modo distinto. Tú no puedes comprenderlo.

—¡Claro que no lo comprendo! ¿Cómo se puede querer a una mujer y permitir que se la lleve otro?

—¿No te has fijado en lo mucho que nos parecemos en cuanto a costumbres, en cuanto a entereza, en cuanto a tozudez incluso?

—Sí… Desde luego, es curioso, pero en ese sentido os parecéis mucho.

—Te he dicho también que durante estos días hemos repasado nuestros recuerdos, partiendo de la base de que los dos fuimos unos niños abandonados en la misma ciudad y… —de pronto apretó los puños—. Pero ¿es que no lo comprendes aún, maldita sea?

A Devil se le había ido abriendo la boca poco a poco.

Él no se daba cuenta, pero tenía la expresión de pasmo más absoluta que se pueda imaginar.

—No… no puede ser… —balbució.

Y añadió con voz ronca:

—¡Ella no puede ser tu hermana!

Vilches había cerrado los ojos un momento.

En su rostro había tristeza, una tristeza lacerante y extraña que lo hacía cambiar por completo.

—Así es —murmuró, con voz queda—. Imagínate qué vergüenza he pasado en muchos sentidos, y doy gracias al Cielo porque las cosas no fueron más lejos. ¡Yo estaba tan lejos de pensar una cosa así!… —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Decidí entonces que Ana debería casarse porque así viviría más segura y más tranquila. Pero necesitaba un hombre de gatillo, un verdadero valiente. Puesto que no podías ser tú, decidí que fuese Burt porque eso convenía a mis intereses. Burt había sido un auxiliar insustituible.

Movió las manos suavemente y musitó:

—¿Aún quieres matarme?…

—Debería hacerlo por una sencilla razón, Vilches: porque tu ambición sólo se calmará con la muerte.

—Entonces, dispara.

—Sabes que no lo haré si tú no te defiendes.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos. Y en aquel momento Blas, que había permanecido al margen de lo sucedido, manteniéndose quieto en un ángulo de la habitación, gritó:

—¡Cuidado!

Todos habían olvidado que no estaban solos en el despacho. Que había alguien más en él y que ese alguien estaba dispuesto a luchar con desesperación por su propia vida.

Gómez acababa de librarse de las ligaduras anudadas demasiado aprisa y acababa también de apoderarse del revólver de uno de los

muertos, aprovechando el total olvido en que por el momento le tenían. Sus movimientos, a partir de este instante, fueron de una precisión y una celeridad asombrosas.

Blas se había vuelto hacia él, viendo su gesto, y, por tanto, era el más peligroso. Disparó rabiosamente, atravesándole la mandíbula y el cráneo.

El gigante no tuvo tiempo ni de decir una palabra.

Sólo lanzó una exclamación ahogada y cayó pesadamente a tierra.

Desde el ángulo que ocupaba, parcialmente protegido por los cadáveres, Gómez hizo fuego nuevamente.

La bala arañó una de las gruesas paredes de piedra. Vilches logró apartarse en la última décima de segundo.

Volcó la mesa de un puntapié, tratando de arrojarla sobre el orondo Gómez, que, sin embargo, demostraba una agilidad inesperada. Porque giró sobre sí mismo velozmente, esquivando la caída del mueble, que quizá le hubiera aplastado con su peso.

Aquella mesa hizo que Devil quedase algo ladeado y como un poco al margen de la situación. Es decir, por unos momentos no vio a Gómez, que quedaba a cubierto de sus posibles tiros. El que lo tenía cara a cara y, por tanto, también estaba expuesto a recibir un balazo, era Vilches.

¿Por qué no sacaba éste su revólver? ¿Qué esperaba?

—¡Tira! —gritó.

Vilches hizo una mueca.

—¡Mientras te desafiabas con Burt he descargado mi revólver, Devil! ¡No quería exponerme a matarte!

—Dios mío…

Una especie de nube pasó por delante de sus ojos. Fue a dar un salto por encima de la mesa volcada, con todas sus fuerzas, para tratar de apartar a Vilches y salvarle.

La detonación le hizo lanzar un alarido.

Gómez acababa de disparar a sangre fría, eliminando así a uno de sus peores enemigos. Vilches recibió la bala a la altura del corazón y se tambaleó bruscamente.

Devil no esperó a ver más.

Saltó por encima de la mesa.

Pero sus energías no eran las mismas de otras veces y resbaló

unos segundos antes de terminar el salto. Éste, que pudo haber sido perfecto, terminó en una dolorosa voltereta. Se encontró caído junto a Gómez, que ya levantaba el revólver.

El grueso general estaba seguro de su victoria. Tenía las facciones contraídas en una mueca de odio y al mismo tiempo de satánico gozo.

—¡Muere, maldito perro!…

Apretó el gatillo, mientras Devil hundía la cabeza en tierra. La bala le acarició macabramente la nuca. Gómez lanzó una maldición y fue a disparar otra vez, pero ya su mano derecha había sido sujetada por los dedos de Devil.

El próximo disparo fue al aire y terminó estrellándose en el grueso techo.

Los dos hombres resollaban salvajemente. Gómez tenía la ventaja de ser más corpulento y estar descansado, mientras que a Devil parecía esfumársele la visión por momentos. Pero aquélla era una pelea a vida o muerte; el que vacilase terminaría en el ataúd.

Con sus últimas fuerzas, Devil sujetó férreamente la mano armada de su enemigo y apoyó el codo en el cuello de éste, aprovechando que lo tenía bajo él.

Aquel codo se apoyaba en su tráquea y le impedía respirar. Trató de zafarse.

Apretó su gatillo de nuevo y la bala quemó la mejilla de Devil, pero éste no modificó ni una pulgada su presa.

Al contrario, dejó que el codo resbalase poco a poco.

Y apoyó todo el antebrazo en el cuello del general. Devil sentía que todo daba vueltas en torno suyo, pero seguía apretando. Su propio sudor le ahogaba, pero mucho más ahogado estaba Gómez, cuyo rostro iba adquiriendo un color violáceo. Simplemente, estaba siendo estrangulado por aquella especie de barra de hierro que era si antebrazo de Devil. De pronto lanzó un gemido sordo, dejó caer la cabeza a un lado y todos los músculos de su cuerpo, antes tan tensos, se relajaron espantosamente.

El joven no perdió un segundo, a pesar de que se sentía cada vez peor.

Necesitaba hacer algo con las fuerzas que le quedaban aún.

Cargó sobre sus hombros el cuerpo de Vilches y salió al exterior con él. No había nadie ya vigilando la puerta La confusión era

espantosa. Sin duda las tropas federales se aproximaban ya y todos los que habían alentado aquella rebelión se apresuraban a huir como podían.

Sólo una persona estaba en el pasillo. Una mujer que corría hacia él con los ojos húmedos.

—Devil… —susurró.

Y de pronto se detuvo, llevándose las manos a la boca con un gesto de insoportable dolor, al ver lo que él llevaba sobre los hombros.

—Es él… —susurró, con voz ahogada—. Pero ¿cómo…?

—Ha sido Gómez —dijo Devil—. Pero voy a hacer por Vilches la última cosa que a él le hubiera gustado. Luego saldremos de aquí tú y yo, muchacha. Saldremos a toda prisa.

Ana jadeó:

—¿Qué es eso que le hubiera gustado y que tú vas a hacer?

Devil respondió con voz tranquila:

—Enterrarlo como a un general…

FIN

Notas

[1] Devil, en efecto, significa diablo. < <